

S. AURELII AUGUSTINI HIPPONENSIS EPISCOPI SOLILOQUIORUM LIBRI DUO.

ADVERTENCIA SOBRE LOS DOS LIBROS SIGUIENTES DE LOS SOLILOQUIOS.

Cuando Agustín emprendió esta obra, aún se encontraba en el campo de Casiciaco, según el libro 9 de las Confesiones, capítulo 4; y tenía treinta y tres años de edad, como él mismo atestigua aquí en el libro 1, capítulo 10. Por lo tanto, parece que debe situarse a principios del año 387 d.C.; a menos que alguien prefiera relacionarlo con el final del año anterior junto con otras obras hasta ahora revisadas.

En el primer libro, se retrata a sí mismo de manera vívida, utilizando un método nuevo pero muy familiar para enseñar cómo debe estar dispuesto aquel que desea adquirir el conocimiento de Dios y del alma. Habla principalmente sobre la salud mental, que debe ser procurada con la ayuda de la fe, la esperanza y la caridad; y muestra que el ojo de la mente, una vez purgado de todo deseo de cosas inferiores, puede elevarse al sol sin peligro, y mucho menos fijarse en él. El segundo libro se centra completamente en demostrar que la verdad nunca perecerá; de donde se deduce la inmortalidad del alma, que es la sede de la verdad.

LIBRO PRIMERO. Agustín se dispone a adquirir el conocimiento de Dios y del alma; primero implora la ayuda divina, luego, reconociendo la excelencia de la ciencia que desea, dialoga consigo mismo sobre la promoción de la salud de su alma, para que finalmente pueda elevarse con seguridad a la contemplación de Dios. Al final del libro concluye que las cosas que verdaderamente son, son inmortales.

CAPÍTULO PRIMERO.---Oración a Dios.

1. Mientras reflexionaba sobre muchas y variadas cosas durante mucho tiempo, y buscaba diligentemente por muchos días mi propio ser y mi bien, y qué males debían evitarse; de repente, ya sea que yo mismo, o alguien más desde fuera, o desde dentro, no lo sé: pues esto mismo es lo que ansío saber con gran empeño: me dijo, R. . He aquí, supón que has encontrado algo; ¿a quién se lo confiarás para que puedas avanzar hacia otras cosas? A. A la memoria, por supuesto. R. ¿Es tan grande que puede guardar bien todo lo que has concebido? A. Es difícil, de hecho imposible. R. Entonces debe escribirse. Pero, ¿qué harás si tu salud rechaza el esfuerzo de escribir? Y estas cosas no deben ser dictadas; pues requieren de una soledad absoluta. A. Dices la verdad. Por lo tanto, no sé qué hacer. R. Ora por la salvación y la ayuda para alcanzar lo que desees, y pon esto por escrito, para que te hagas más valiente con tu propia prole. Luego, resume brevemente lo que encuentres en pocas conclusiones. No te preocupes ahora por atraer a una multitud de lectores; estas cosas serán suficientes para unos pocos de tus conciudadanos. A. Así lo haré.

2. Dios, creador del universo, concédeme primero que te ruegue bien, luego que me haga digno de ser escuchado, y finalmente que me liberes. Dios, por quien todas las cosas, que no existirían por sí mismas, tienden a ser. Dios, que no permites que perezca ni siquiera aquello que se destruye mutuamente. Dios, que creaste de la nada este mundo, que todos los ojos perciben como bellissimo. Dios, que no haces el mal, y haces que no se convierta en lo peor. Dios, que a los pocos que huyen hacia lo que verdaderamente es, les muestras que el mal no es nada. Dios, por quien el universo, incluso con su parte negativa, está completo. Dios, de quien no hay disonancia hasta el extremo, cuando lo peor armoniza con lo mejor. Dios, a quien ama todo lo que puede amar, ya sea consciente o inconscientemente. Dios, en quien están todas las cosas, a quien, sin embargo, ninguna criatura puede ofender con su fealdad, malicia o error. Dios, que no quisiste que los impuros conocieran la verdad. Dios, padre de la

verdad, padre de la sabiduría, padre de la verdadera y suprema vida, padre de la bienaventuranza, padre del bien y de la belleza, padre de la luz inteligible, padre de nuestro despertar e iluminación, padre del vínculo que nos recuerda volver a ti.

3. Te invoco, Dios verdad, en quien, de quien y por quien son verdaderas todas las cosas que son verdaderas. Dios sabiduría, en quien, de quien y por quien son sabias todas las cosas que son sabias. Dios verdadera y suprema vida, en quien, de quien y por quien viven todas las cosas que verdaderamente y supremamente viven. Dios bienaventuranza, en quien, de quien y por quien son bienaventuradas todas las cosas que son bienaventuradas. Dios bien y belleza, en quien, de quien y por quien son buenas y bellas todas las cosas que son buenas y bellas. Dios luz inteligible, en quien, de quien y por quien lucen inteligiblemente todas las cosas que lucen inteligiblemente. Dios cuyo reino es todo el mundo, que el sentido ignora. Dios de cuyo reino la ley se describe incluso en estos reinos. Dios de quien apartarse es caer; a quien convertirse es levantarse; en quien permanecer es estar firme. Dios de quien salir es morir; a quien volver es revivir; en quien habitar es vivir. Dios a quien nadie pierde, a menos que sea engañado; a quien nadie busca, a menos que sea advertido; a quien nadie encuentra, a menos que sea purificado. Dios a quien dejar es perecer; a quien atender es amar; a quien ver es poseer. Dios a quien la fe nos excita, la esperanza nos eleva, la caridad nos une, Dios por quien vencemos al enemigo, te suplico. Dios por quien hemos recibido para no perecer del todo. Dios que nos advierte para que vigilemos. Dios por quien separamos los bienes de los males. Dios por quien huimos de los males y seguimos los bienes. Dios por quien no cedemos a las adversidades. Dios por quien servimos bien y dominamos bien. Dios por quien aprendemos que lo que alguna vez fue nuestro es ajeno, y lo que alguna vez fue ajeno es nuestro. Dios por quien no nos aferramos a los manjares y seducciones de los malos. Dios por quien las cosas pequeñas no nos disminuyen. Dios por quien lo mejor de nosotros no está sujeto a lo peor. Dios por quien la muerte es absorbida en victoria (1 Cor. XV, 54). Dios que nos conviertes. Dios que nos despojas de lo que no es, y nos vistes de lo que es. Dios que nos haces audibles. Dios que nos proteges. Dios que nos guías a toda verdad. Dios que nos hablas todos los bienes, sin hacernos insensatos, ni permitiendo que nadie lo haga. Dios que nos devuelves al camino. Dios que nos conduces a la puerta. Dios que haces que a los que llaman se les abra (Mat. VII, 8). Dios que nos das el pan de vida. Dios por quien tenemos sed de la bebida, que una vez bebida, nunca más tendremos sed (Juan VI, 35). Dios que reprendes al mundo de pecado, de justicia y de juicio (Id. XVI, 8). Dios por quien no nos conmueven los que menos creen. Dios por quien desaprobamos el error de aquellos que piensan que no hay méritos de las almas ante ti. Dios por quien no servimos a los elementos débiles y pobres (Gál. IV, 9). Dios que nos purificas y nos preparas para las recompensas divinas, ven a mí propicio tú.

4. Todo lo que he dicho, tú, único Dios, ven en mi ayuda; única sustancia eterna y verdadera, donde no hay discrepancia, ni confusión, ni transición, ni necesidad, ni muerte. Donde hay suma concordia, suma evidencia, suma constancia, suma plenitud, suma vida. Donde nada falta, nada sobra. Donde el que engendra y el que es engendrado son uno. Dios a quien sirven todas las cosas que sirven; a quien obedece toda alma buena. Cuyas leyes hacen girar los polos, las estrellas cumplen sus cursos, el sol ejerce el día, la luna regula la noche: y todo el mundo a través de los días, con la sucesión de luz y oscuridad; a través de los meses, con los incrementos y decrementos lunares; a través de los años, con las sucesiones de primavera, verano, otoño e invierno; a través de los lustros, con la perfección del curso solar; a través de los grandes ciclos, con el retorno a sus orígenes de las estrellas, guarda una gran constancia de las cosas, en la medida en que la materia sensible lo permite, con los órdenes y repeticiones de los tiempos. Dios cuyas leyes en la eternidad establecida, no permiten que el

movimiento inestable de las cosas mutables sea perturbado, y con los frenos de los siglos circundantes siempre se devuelve a la semejanza de la estabilidad: cuyas leyes hacen libre el albedrío del alma, y los premios para los buenos y los castigos para los malos están distribuidos con necesidades fijas en todo. Dios de quien manan hasta nosotros todos los bienes, de quien son contenidos por nosotros todos los males. Dios sobre quien nada hay, fuera de quien nada hay, sin quien nada es. Dios bajo quien está todo, en quien está todo, con quien está todo. Que hiciste al hombre a tu imagen y semejanza, lo cual reconoce quien se conoce a sí mismo. Escucha, escucha, escucha, Dios mío, Señor mío, rey mío, padre mío, causa mía, esperanza mía, cosa mía, honor mío, casa mía, patria mía, salvación mía, luz mía, vida mía. Escucha, escucha, escucha según aquel modo tuyo conocido por pocos.

5. Ya solo a ti amo, solo a ti sigo, solo a ti busco, solo a ti estoy dispuesto a servir, porque solo tú gobiernas con justicia; deseo ser de tu dominio. Ordena, te ruego, y manda lo que quieras, pero sana y abre mis oídos para que escuche tus voces. Sana y abre mis ojos para que vea tus señales. Expulsa de mí la locura, para que te reconozca. Dime a dónde debo atender, para que te contemple, y espero hacer todo lo que ordenes. Recibe, te ruego, a tu fugitivo, Señor, padre clementísimo: ya he pagado suficientes penas, he servido bastante a tus enemigos, que tienes bajo tus pies, he sido bastante juguete de engaños. Acoge a tu siervo que huye de ellos, porque ellos me acogieron cuando huía de ti siendo ajeno. Siento que debo volver a ti: que se abra tu puerta a mi llamado; enséñame cómo llegar a ti. No tengo más que la voluntad; no sé más que despreciar lo efímero y caduco; buscar lo cierto y eterno. Esto hago, Padre, porque esto solo sé; pero ignoro cómo llegar a ti. Tú sugiérme, tú muéstrame, tú provee el viático. Si con fe te encuentran los que a ti huyen, da fe; si con virtud, virtud; si con conocimiento, conocimiento. Aumenta en mí la fe, aumenta la esperanza, aumenta la caridad. ¡Oh admirable y singular bondad tuya!

6. A ti me dirijo, y las cosas por las que se llega a ti, de nuevo te las pido. Pues si tú abandonas, se perece: pero no abandonas, porque tú eres el sumo bien, que nadie ha buscado rectamente y no ha encontrado. Todo el que ha buscado rectamente, lo ha hecho porque tú lo has hecho buscar rectamente. Hazme, Padre, buscarte, líbrame del error; que nada más se me presente en lugar de ti. Si no deseo nada más que a ti, que te encuentre ya, te ruego, Padre. Pero si hay en mí algún deseo superfluo, tú mismo límpiame, y hazme apto para verte. En cuanto a la salud de este mi cuerpo mortal, mientras no sepa qué me es útil de él, o a aquellos que amo, te lo encomiendo, Padre sapientísimo y óptimo, y por lo que me adviertas en su momento, te rogaré: solo te pido a tu excelsa clemencia, que me conviertas completamente a ti, y no permitas que nada me resista al dirigirme a ti, y ordenes que mientras lleve y porte este cuerpo, sea puro, magnánimo, justo, prudente, y perfecto amante y perceptor de tu sabiduría, y digno de habitar, y habitante de tu beatísimo reino. Amén, amén.

CAPÍTULO II.---Qué amar.

7. A. He aquí que he orado a Dios. R. ¿Qué deseas saber entonces? A. Todas estas cosas que he orado. R. Resúmelas brevemente. A. Deseo conocer a Dios y al alma. R. ¿Nada más? A. Nada en absoluto. R. Entonces comienza a buscar. Pero primero explica cómo, si se te muestra Dios, podrás decir, Es suficiente. A. No sé cómo debe mostrarseme para que diga, Es suficiente: pues no creo saber algo así como deseo conocer a Dios. R. ¿Qué hacemos entonces? ¿No crees que primero debes saber cómo te será suficiente conocer a Dios, para que cuando llegues no busques más? A. Lo creo, pero no veo cómo puede hacerse. Pues, ¿qué he entendido alguna vez semejante a Dios, para poder decir, Como entiendo esto, así quiero entender a Dios? R. Si aún no conoces a Dios, ¿cómo sabes que no conoces nada semejante a Dios? A. Porque si conociera algo semejante a Dios, sin duda lo amaría; pero ahora no amo

nada más que a Dios y al alma, de los cuales no conozco ninguno. R. ¿No amas entonces a tus amigos? A. ¿Cómo podría no amarlos, amando al alma? R. ¿De este modo amas también a las pulgas y a los chinches? A. Dije que amo al alma, no a los animales. R. O tus amigos no son humanos, o no los amas: pues todo hombre es un animal, y dijiste que no amas a los animales. A. Y son humanos, y los amo, no porque sean animales, sino porque son humanos; es decir, porque tienen almas racionales, que amo incluso en los ladrones. Pues me es lícito amar la razón en cualquiera, aunque con justicia odie a quien mal usa lo que amo. Por lo tanto, amo más a mis amigos cuanto mejor usan el alma racional, o al menos cuanto desean usarla bien.

CAPÍTULO III.---Conocimiento de Dios.

8. R. Acepto eso: pero si alguien te dijera, Haré que conozcas a Dios como conoces a Alipio; ¿no darías gracias y dirías, Es suficiente? A. Daría gracias, pero no diría que es suficiente. R. ¿Por qué, te pregunto? A. Porque ni siquiera conozco a Dios como a Alipio, y sin embargo no conozco suficientemente a Alipio. R. Entonces, ¿no es imprudente querer conocer suficientemente a Dios, cuando no conoces suficientemente a Alipio? A. No se sigue. Pues en comparación con las estrellas, ¿qué es más vil que mi cena? y sin embargo, ignoro qué cenaré mañana; pero no dudo en afirmar que sé en qué signo estará la luna. R. Entonces, ¿te basta conocer a Dios como sabes en qué signo estará la luna mañana? A. No es suficiente: pues esto lo apruebo con los sentidos. Sin embargo, ignoro si Dios o alguna causa oculta de la naturaleza cambiará de repente el orden y curso de la luna: si eso sucediera, todo lo que había supuesto sería falso. R. ¿Y crees que eso puede suceder? A. No lo creo. Pero busco saber, no creer. Sin embargo, todo lo que sabemos, tal vez también se dice correctamente que lo creemos; pero no todo lo que creemos, también lo sabemos. R. ¿Rechazas entonces en este caso todo testimonio de los sentidos? A. Lo rechazo por completo. R. ¿Quieres conocer a ese amigo tuyo, a quien aún dices ignorar, por el sentido o por el intelecto? A. Por el sentido lo que conozco de él, si es que algo se conoce por el sentido, es vil y suficiente: pero esa parte por la que es mi amigo, es decir, el alma misma, deseo alcanzarla con el intelecto. R. ¿Puede conocerse de otra manera? A. De ninguna manera. R. ¿Te atreves a decir que tu amigo y muy familiar es desconocido para ti? A. ¿Por qué no me atrevería? Pues considero que es una ley muy justa de la amistad, que prescribe que nadie debe amar a un amigo más ni menos que a sí mismo. Por lo tanto, como me desconozco a mí mismo, ¿qué afrenta puede haber en decir que me es desconocido, especialmente cuando creo que ni siquiera él se conoce a sí mismo? R. Si entonces estas cosas que deseas saber son del tipo que el intelecto alcanza, cuando dije que era imprudente querer conocer a Dios, cuando no conoces a Alipio, no debiste haberme presentado tu cena y la luna como ejemplo, si estas, como dijiste, pertenecen al sentido.

CAPÍTULO IV.---Cierta ciencia que.

9. Pero, ¿qué nos importa a nosotros? Ahora responde: si lo que dijeron Platón y Plotino sobre Dios es verdad, ¿te basta conocer a Dios como ellos lo conocían? A. No necesariamente, si lo que dijeron es verdad, también es necesario que ellos lo supieran. Pues muchos hablan abundantemente de lo que no saben, como yo mismo he dicho todo lo que he orado, deseando saberlo, lo cual no desearía si ya lo supiera: ¿acaso por eso no pude decirlo? Pues no dije lo que comprendí con el intelecto, sino lo que recogí de cualquier parte y confié a la memoria, y a lo que acomodé la fe que pude: pero saber es otra cosa. R. Dime, por favor, ¿sabes al menos en la disciplina geométrica qué es una línea? A. Eso lo sé claramente. R. ¿Y en esa profesión no temes a los Académicos? A. En absoluto. Ellos no querían que el sabio errara; pero yo no soy sabio. Por lo tanto, aún no temo profesar el conocimiento de las cosas

que conozco. Y si, como deseo, llego a la sabiduría, haré lo que ella me aconseje. R. No me opongo: pero, como empecé a preguntar, ¿sabes la esfera que llaman pelota como conoces la línea? A. La conozco. R. ¿Conoces ambos por igual, o uno más que el otro? A. Por igual, absolutamente. Pues en ambos no me equivoco. R. ¿Percibiste esto con los sentidos o con el intelecto? A. Más bien, en este asunto he experimentado los sentidos como un barco. Pues cuando me llevaron al lugar al que me dirigía, donde los dejé, y ya como en tierra firme comencé a reflexionar sobre estas cosas, mis pasos tambalearon por mucho tiempo. Por lo tanto, me parece más fácil navegar en tierra que percibir la geometría con los sentidos, aunque al principio los estudiantes parecen ser algo ayudados. R. Entonces, ¿no dudas en llamar ciencia a la disciplina de estas cosas, si la tienes? A. No, si los estoicos lo permiten, quienes atribuyen la ciencia solo al sabio. No niego tener percepción de estas cosas, lo cual incluso los necios conceden: pero tampoco temo a esos. Absolutamente, tengo el conocimiento de lo que preguntaste: continúa, quiero ver hacia dónde te diriges. R. No te apresures, estamos sin prisa. Solo presta atención, no concedas nada a la ligera. Me esfuerzo por hacerte feliz con cosas de las que no temas ningún accidente, y como si fuera un pequeño asunto, ¿me ordenas precipitarme? A. Que Dios haga como dices. Así que pregunta a tu discreción, y repréndeme más severamente si vuelvo a hacer algo así.

10. R. Entonces, ¿te es evidente que una línea no puede dividirse longitudinalmente en dos líneas? A. Es evidente. R. ¿Y transversalmente? A. ¿Qué, sino que puede dividirse infinitamente? R. ¿Y no es igualmente claro que una esfera, desde cualquier parte del medio, no puede tener dos círculos iguales? A. Totalmente claro. R. ¿Y la línea y la esfera? ¿Te parecen ser una sola cosa, o difieren entre sí? A. ¿Quién no ve que difieren mucho? R. Pero si conoces tanto una como la otra, y sin embargo, como admites, difieren mucho entre sí, ¿es entonces el conocimiento de cosas diferentes indiferente? A. ¿Quién lo ha negado? R. Tú, hace un momento. Pues cuando te pregunté cómo quisieras conocer a Dios, para poder decir: Es suficiente; respondiste que no podías explicarlo porque no tenías nada percibido, de manera similar a como deseas percibir a Dios, pues no sabes nada similar a Dios. ¿Qué dices ahora? ¿Son la línea o la esfera similares? A. ¿Quién diría eso? R. Pero yo preguntaba, no qué sabes de manera similar, sino qué sabes así, como deseas conocer a Dios. Pues conoces la línea como conoces la esfera, aunque la línea no es como la esfera. Por lo tanto, responde si te basta conocer a Dios como conoces esa esfera geométrica; es decir, no dudar de Dios como no dudas de ella.

CAPÍTULO V.---La misma o igual ciencia de cosas diferentes.

11. A. Te ruego, aunque insistas y convenzas vehementemente, no me atrevo a decir que quiero conocer a Dios como conozco estas cosas. No solo las cosas, sino también el mismo conocimiento me parece diferente. Primero, porque ni la línea ni la esfera difieren tanto entre sí, aunque su conocimiento esté contenido en una sola disciplina: pero ningún geómetra ha profesado enseñar a Dios. Además, si el conocimiento de Dios y de estas cosas fuera igual, me alegraría tanto de conocer estas cosas como presumo que me alegraré al conocer a Dios. Sin embargo, ahora desprecio mucho estas cosas en comparación con Él, de modo que a veces me parece que si lo entiendo y lo veo de la manera en que puede ser visto, todo esto desaparecerá de mi conocimiento: pues ahora, por amor a Él, apenas vienen a mi mente. R. Que te alegres mucho más al conocer a Dios que con estas cosas, no obstante, no por la diferencia de entendimiento de las cosas; a menos que tal vez contemples la tierra con un sentido y el cielo sereno con otro, aunque mucho más te deleite la vista de este último que del primero. Pero si los ojos no se engañan, creo que si te preguntan si estás tan seguro de ver la tierra como el cielo, deberías responder que estás tan seguro, aunque no te deleites tanto con la belleza y el esplendor de la tierra como con los del cielo. A. Me conmueve, lo confieso,

esta similitud, y me inclino a aceptar que, en su género, la tierra difiere tanto del cielo como los verdaderos y ciertos espectáculos de las disciplinas difieren de la majestad inteligible de Dios.

CAPÍTULO VI.---Los sentidos del alma con los que percibe a Dios.

12. R. Bien te has movido. Pues la razón que habla contigo promete mostrarse a tu mente como el sol se muestra a los ojos. Pues los sentidos del alma son como los ojos de la mente; pero las cosas más ciertas de las disciplinas son como aquellas que son iluminadas por el sol para que puedan ser vistas, como la tierra y todas las cosas terrenales: pero Dios es quien ilumina. Yo, la razón, estoy en las mentes como la vista está en los ojos. Pues tener ojos no es lo mismo que mirar; ni mirar es lo mismo que ver. Por lo tanto, el alma necesita tres cosas para tener ojos que pueda usar bien, para mirar, para ver. Los ojos sanos son la mente pura de toda mancha del cuerpo, es decir, alejada y purificada de los deseos de las cosas mortales: lo cual solo la fe le proporciona al principio. Pues lo que aún no puede ser demostrado a una mente manchada y enferma, porque no puede ver a menos que esté sana, si no cree que de otra manera no verá, no se esfuerza por su propia salud. Pero, ¿qué si cree que las cosas son como se dice, y que si puede verlas, las verá así, pero desespera de poder sanarse; no se abandona y desprecia a sí misma, y no obedece las instrucciones del médico? A. Totalmente así es, especialmente porque esas instrucciones deben parecer duras al enfermo. R. Por lo tanto, a la fe debe añadirse la esperanza. A. Así lo creo. R. ¿Qué, si cree que todo es así, y espera poder sanarse, pero no ama la luz prometida, no la desea, y cree que debe contentarse con sus propias tinieblas, que ya son agradables por costumbre; no rechaza igualmente al médico? A. Totalmente así es. R. Por lo tanto, la caridad es necesaria. A. Nada es tan necesario. R. Sin estas tres cosas, ninguna alma se sana para poder ver a su Dios, es decir, entenderlo.

13. Entonces, cuando tenga ojos sanos, ¿qué queda? A. Que mire. R. La mirada del alma es la razón: pero porque no sigue que todo el que mira ve, la mirada recta y perfecta, es decir, la que sigue la visión, se llama virtud; pues la virtud es la razón recta o perfecta. Pero incluso la misma mirada, aunque ya tenga ojos sanos, no puede volverse hacia la luz sin que permanezcan esas tres cosas: la fe, por la cual cree que las cosas son como se dice, para que al verlas lo haga feliz; la esperanza, por la cual presume que verá cuando haya mirado bien; la caridad, por la cual desea ver y disfrutar. Ya la mirada sigue la misma visión de Dios, que es el fin de la mirada; no porque ya no exista, sino porque no tiene nada más a lo que dirigirse: y esta es la verdadera virtud perfecta, la razón que alcanza su fin, a la que sigue la vida bienaventurada. Pero la misma visión es el entendimiento que está en el alma, que se compone del que entiende y de lo que se entiende: como en los ojos, ver lo que se dice, consiste en el mismo sentido y en lo sensible, de los cuales, si se quita cualquiera, no se puede ver nada.

CAPÍTULO VII.---Hasta qué punto son necesarias la fe, la esperanza y la caridad.

14. Entonces, cuando el alma ha llegado a ver a Dios, es decir, a entender a Dios, veamos si aún necesita esas tres cosas. ¿Por qué es necesaria la fe, cuando ya ve? La esperanza, igualmente, porque ya posee. Pero a la caridad no solo no se le quita nada, sino que se le añade mucho. Pues cuando vea esa singular y verdadera belleza, la amará más; y a menos que fije su ojo con gran amor, y no se desvíe de mirar, no podrá permanecer en esa visión beatísima. Pero mientras el alma está en este cuerpo, incluso si ve plenamente, es decir, entiende a Dios; sin embargo, porque también los sentidos del cuerpo usan su propia obra, si no tienen poder para engañar, no obstante, no son nada para no dudar, se puede decir aún que

la fe resiste a estos, y se cree que aquello es más verdadero. Asimismo, porque en esta vida, aunque el alma ya sea bienaventurada al entender a Dios; sin embargo, porque soporta muchas molestias del cuerpo, debe esperar que después de la muerte no tendrá todos estos inconvenientes. Por lo tanto, ni la esperanza abandona al alma mientras está en esta vida. Pero cuando después de esta vida se recoge toda en Dios, queda la caridad por la cual se mantiene allí. Pues no se debe decir que tiene fe en que esas cosas son verdaderas, cuando no es perturbada por ninguna interpelación de falsedades; ni le queda nada que esperar, cuando posee todo con seguridad. Por lo tanto, tres cosas pertenecen al alma, para que esté sana, para que mire, para que vea. Pero otras tres, la fe, la esperanza y la caridad, son siempre necesarias para las dos primeras: pero para la tercera, en esta vida, todas; después de esta vida, solo la caridad.

CAPÍTULO VIII.---Qué es necesario para conocer a Dios.

15. Ahora recibe, en la medida en que el tiempo presente lo exige, algo sobre Dios de esa similitud de los sensibles, ahora que yo te enseño. Dios es inteligible, y también lo son esos espectáculos de las disciplinas; sin embargo, difieren mucho. Pues tanto la tierra es visible, como la luz; pero la tierra no puede ser vista a menos que sea iluminada por la luz. Por lo tanto, también se debe creer que las cosas que se enseñan en las disciplinas, que cualquiera que las entienda concede sin duda que son verdaderísimas, no pueden ser entendidas a menos que sean iluminadas por otro como su propio sol. Por lo tanto, así como en este sol se pueden observar tres cosas; lo que es, lo que brilla, lo que ilumina: así en ese Dios secretísimo que deseas entender, hay tres cosas; lo que es, lo que se entiende, y lo que hace que las demás cosas sean entendidas. Estas dos cosas, es decir, a ti mismo y a Dios, te atrevo a enseñarte a entender. Pero responde cómo has recibido estas cosas; ¿como probables, o como verdaderas? A. Claramente como probables; y he crecido en esperanza, lo cual debo confesar, pues aparte de esas dos cosas sobre la línea y la esfera, nada de lo que has dicho me atrevo a decir que lo sé. R. No es de extrañar: pues nada ha sido expuesto aún de tal manera que se te deba exigir percepción.

CAPÍTULO IX.---Amor a nosotros mismos.

16. Pero, ¿por qué demoramos? Debemos emprender el camino: sin embargo, veamos, lo que precede a todo, si estamos sanos. A. Eso lo ves tú, si puedes mirar un poco en ti mismo o en mí: yo responderé a lo que preguntes, si siento algo. R. ¿Amas algo además del conocimiento de ti mismo y de Dios? A. Podría responder que no amo nada más, por el sentido que tengo ahora; pero es más seguro responder que no lo sé. Pues a menudo me ha sucedido que cuando creía que nada más me movía, sin embargo, algo venía a mi mente que me hería mucho más de lo que había supuesto. También a menudo, aunque algo que surgía en mi pensamiento no me perturbaba, realmente al venir me perturbó más de lo que pensaba: pero ahora me parece que solo tres cosas pueden conmovirme: el miedo a perder a aquellos que amo, el miedo al dolor, el miedo a la muerte. R. Entonces amas la vida de tus seres queridos contigo, y tu buena salud, y tu propia vida en este cuerpo: pues de otro modo no temerías perder estas cosas. A. Lo confieso, así es. R. Ahora, entonces, el hecho de que no todos tus amigos estén contigo, y que tu salud no sea completamente íntegra, causa alguna aflicción en tu ánimo: pues también veo que esto es consecuente. A. Ves correctamente; no puedo negarlo. R. ¿Qué, si de repente te sientes sano de cuerpo y lo compruebas, y ves que todos los que amas están contigo en concordia, disfrutando de un ocio liberal, no te alegrarías también un poco? A. Realmente un poco; más bien, si estas cosas, como dices, sucedieran de repente, ¿cuándo me contengo; cuándo se me permite disimular tal tipo de alegría? R. Entonces aún te agitan todas las enfermedades y perturbaciones del ánimo. ¿Qué impudencia de tales ojos es querer ver

ese sol? A. Has concluido como si no sintiera en absoluto cuánto ha avanzado mi salud, o qué plagas han retrocedido, y cuánto han resistido. Haz que conceda eso.

CAPÍTULO X.---Amor a las cosas del cuerpo y externas.

17. R. ¿No ves que estos ojos del cuerpo, incluso sanos, a menudo se deslumbran y se apartan por la luz de este sol, y se refugian en sus propias sombras? Pero tú piensas en cuánto has avanzado, no en lo que deseas ver: y sin embargo, discutiré esto mismo contigo, cuánto crees que hemos progresado. ¿No deseas riquezas? A. Esto no es algo nuevo para mí. Pues aunque tengo treinta y tres años, hace casi catorce años que dejé de desearlas, y no he pensado en otra cosa en ellas, si se ofrecieran por casualidad, que en el sustento necesario y el uso liberal. Un solo libro de Cicerón me persuadió fácilmente de que de ningún modo se deben desear las riquezas, pero si se obtienen, deben administrarse con la mayor sabiduría y cautela. R. ¿Qué hay de los honores? A. Confieso que he dejado de desearlos recientemente, casi en estos días. R. ¿Qué hay de una esposa? ¿No te deleita a veces una mujer hermosa, casta, obediente, culta, o que pueda ser fácilmente instruida por ti, aportando también una dote suficiente, ya que desprecias las riquezas, para que no sea en absoluto onerosa a tu ocio, especialmente si esperas y estás seguro de que no sufrirás ninguna molestia de ella? A. Por mucho que quieras describirla y colmarla de todos los bienes, he decidido que no hay nada que deba evitar más que el contacto conyugal: siento que no hay nada que más derribe el ánimo viril desde su fortaleza que las caricias femeninas y ese contacto de cuerpos, sin el cual no se puede tener esposa. Por lo tanto, si es deber del sabio (lo cual aún no he comprobado) esforzarse por tener hijos, cualquiera que se una solo por esta razón puede parecerme admirable, pero de ningún modo digno de imitar: pues intentar esto es más peligroso que lograrlo con éxito. Por lo tanto, creo que he decidido justa y útilmente para la libertad de mi alma no desear, no buscar, no tomar esposa. R. No pregunto ahora qué has decidido, sino si aún luchas, o si ya has vencido el deseo mismo. Pues se trata de la salud de tus ojos. A. Absolutamente no busco nada de este tipo, no lo deseo; incluso recuerdo tales cosas con horror y desprecio. ¿Qué más quieres? Y este bien crece en mí día a día: pues cuanto más aumenta la esperanza de ver esa belleza por la que ardo vehementemente, tanto más se dirige todo mi amor y placer hacia ella. R. ¿Qué hay de la juncundidad de los alimentos? ¿Cuánto te importa? A. Las cosas que he decidido no comer no me conmueven en absoluto. Pero confieso que me deleito con las que no he eliminado cuando están presentes, aunque sin ninguna perturbación del ánimo se apartan cuando se ven o se prueban. Pero cuando no están presentes, esta apetencia no se atreve a interponerse para obstaculizar mis pensamientos. Pero en absoluto, ya sea sobre comida y bebida, o sobre baños, y cualquier otro placer del cuerpo, no preguntes: solo deseo tener tanto como pueda contribuir a la salud.

CAPÍTULO XI.---Los bienes externos pueden ser admitidos más verdaderamente que deseados por sí mismos, sino por otros verdaderos bienes.

18. R. Has progresado mucho: sin embargo, lo que queda por hacer para ver aquella luz, te impide enormemente. Pero estoy intentando algo que me parece fácil de mostrar; o que no nos queda nada por dominar, o que no hemos progresado en absoluto, y que la corrupción de todo aquello que creemos haber eliminado permanece. Pues te pregunto, si se te persuadiera de que no puedes vivir con muchos de tus seres más queridos en el estudio de la sabiduría, a menos que una gran riqueza familiar pueda sostener vuestras necesidades, ¿no desearías y anhelarías las riquezas? A. Estoy de acuerdo. R. ¿Y si también se te mostrara que persuadirás a muchos sobre la sabiduría si tu autoridad en el honor crece, y que esos mismos familiares tuyos no pueden poner límite a sus deseos y dedicarse completamente a buscar a Dios, a

menos que ellos también sean honrados, y que esto no pueda lograrse sino a través de tus honores y dignidad? ¿No serían también deseables estas cosas, y no deberías esforzarte mucho para que se logren? A. Así es como dices. R. Ya no discuto sobre el matrimonio; tal vez no pueda existir tal necesidad para casarse: aunque, si con su gran patrimonio es seguro que puede sostener a todos los que desees que vivan contigo en un solo lugar en ocio, y ella misma lo permite de manera concordante, especialmente si posee tal nobleza de linaje que puedas fácilmente obtener esos honores que ya has admitido como necesarios a través de ella, no sé si sería tu deber despreciar estas cosas. A. ¿Cuándo me atreveré a esperar eso?

19. R. Hablas como si ahora estuviera preguntando qué esperas. No pregunto qué no te deleita cuando se te niega, sino qué te deleita cuando se te ofrece. Pues hay una gran diferencia entre una peste agotada y una adormecida. Esto es lo que algunos hombres sabios han dicho, que todos los necios son insensatos, como todo lodo huele mal, lo cual no siempre se percibe, sino cuando se agita. Hay una gran diferencia entre si el deseo es sofocado por la desesperación del alma o expulsado por la salud. A. Aunque no puedo responderte, nunca me persuadirás de que, con este estado de ánimo en el que ahora me encuentro, no he progresado en absoluto. R. Creo que te parece así porque, aunque pudieras desear esas cosas, no las considerarías deseables por sí mismas, sino por otra razón. A. Eso es lo que quería decir: pues cuando desee riquezas, las deseé para ser rico, y los mismos honores, cuyo deseo ahora he respondido que he dominado, los deseaba atraído por su brillo; y nunca consideré otra cosa en una esposa, cuando lo consideré, que el placer que me proporcionaría con buena reputación. Entonces había un verdadero deseo de estas cosas en mí; ahora desprecio completamente todas ellas: pero si no se me da paso a lo que deseo sino a través de estas cosas, no las busco para abrazarlas, sino que las soporto como necesarias. R. Muy bien: pues tampoco creo que deba llamarse deseo a las cosas que se buscan por otra razón.

CAPÍTULO XII.---Nada debe ser deseado sino en la medida en que conduce al bien supremo, nada debe ser temido sino en la medida en que lo desvía.

20. Pero te pregunto, ¿por qué desees que las personas que amas vivan, o vivan contigo? A. Para que busquemos juntos nuestras almas y a Dios en armonía. Pues así, fácilmente, quien primero lo encuentre, llevará a los demás allí sin esfuerzo. R. ¿Y si ellos no quieren buscar estas cosas? A. Les persuadiré para que quieran. R. ¿Y si no puedes, ya sea porque creen que ya lo han encontrado, o porque piensan que no se puede encontrar, o porque están atrapados en preocupaciones y deseos de otras cosas? A. Los tendré, y ellos a mí, como podamos. R. ¿Y si su presencia también te impide buscar? ¿No trabajarías y desearías, si no pueden ser de otra manera, que no estén contigo en lugar de estar así? A. Confieso que es como dices. R. Entonces no desees su vida o su presencia por sí mismas, sino para encontrar la sabiduría. A. Estoy completamente de acuerdo. R. ¿Y tu propia vida, si estuvieras seguro de que es un obstáculo para comprender la sabiduría, querrías que permaneciera? A. La evitaría por completo. R. ¿Y si se te enseñara que puedes llegar a la sabiduría tanto dejando este cuerpo como permaneciendo en él, te importaría si disfrutas de lo que amas aquí o en otra vida? A. Si entendiera que no me espera nada peor que me haga retroceder de lo que he avanzado, no me importaría. R. Entonces ahora temes morir, no sea que te envuelvas en algún mal peor que te quite el conocimiento divino. A. No solo temo que se me quite, si acaso he percibido algo, sino también que se me cierre el acceso a lo que ansío percibir; aunque creo que lo que ya tengo permanecerá conmigo. R. Entonces no desees esta vida por sí misma, sino por la sabiduría. A. Así es.

21. R. Queda el dolor corporal, que tal vez te conmueve con su fuerza. A. Y no lo temo intensamente por otra razón, sino porque me impide buscar. Aunque estos días sufría un dolor

de muelas muy agudo, no se me permitía reflexionar en mi mente, excepto sobre lo que ya había aprendido; pero estaba completamente impedido de aprender, para lo cual necesitaba toda la atención de mi mente: sin embargo, me parecía que si aquel resplandor de la verdad se revelara a mis mentes, o no sentiría ese dolor, o ciertamente lo soportaría como nada. Pero como, aunque nunca he soportado nada mayor, a menudo pienso en cuán más graves pueden ser, a veces me veo obligado a estar de acuerdo con Cornelio Celso, quien dice que el bien supremo es la sabiduría, pero el mal supremo es el dolor corporal. Y su razonamiento no me parece absurdo. Pues, dice, ya que estamos compuestos de dos partes, a saber, el alma y el cuerpo, de las cuales la primera parte es mejor, el alma, y la peor es el cuerpo, el bien supremo es lo mejor de la mejor parte, y el mal supremo es lo peor de la peor parte: lo mejor en el alma es la sabiduría, y lo peor en el cuerpo es el dolor. Por lo tanto, se concluye sin falsedad, creo, que el bien supremo del hombre es saber, y el mal supremo es sufrir dolor. R. Veremos esto más adelante. Pues tal vez la misma sabiduría a la que nos esforzamos por llegar nos persuadirá de otra cosa. Si, sin embargo, muestra que esto es verdad, mantendremos esta opinión sobre el bien supremo y el mal supremo sin duda.

CAPÍTULO XIII.---Cómo y por qué grados se percibe la sabiduría. Amor verdadero.

22. Ahora busquemos saber qué tipo de amante de la sabiduría eres, que desees verla y abrazarla con la mirada más pura, sin ningún velo interpuesto, como desnuda, tal como ella no se permite sino a muy pocos y selectos de sus amantes. ¿O si estuvieras ardiendo de amor por una mujer hermosa, con razón no se entregaría a ti si descubriera que amas algo más además de ella; la castísima belleza de la sabiduría se te mostrará si ardes solo por ella? A. ¿Por qué entonces sigo suspendido, infeliz, y me veo diferido con un miserable tormento? Ya ciertamente he mostrado que no amo nada más, ya que lo que no se ama por sí mismo, no se ama. Pero yo amo solo la sabiduría por sí misma, y las demás cosas quiero que estén presentes o temo que falten por ella; la vida, la paz, los amigos. ¿Qué medida puede tener el amor por esa belleza en la que no solo no envidio a los demás, sino que también busco a muchos que deseen conmigo, que anhelan conmigo, que la sostengan conmigo y que la disfruten conmigo; siendo tanto más amigos míos cuanto más común sea nuestro amor?

23. R. Realmente es apropiado que los amantes de la sabiduría sean así. Así los busca ella, cuya unión es verdaderamente casta y sin ninguna contaminación. Pero no se llega a ella por un solo camino. Pues cada uno, según su salud y fortaleza, comprende ese bien singular y verdadero. Hay una luz inefable e incomprensible de las mentes. Que esta luz vulgar nos enseñe, en la medida de lo posible, cómo es aquello. Pues hay algunos ojos tan sanos y vigorosos que, tan pronto como se abren, se vuelven hacia el mismo sol sin ninguna vacilación. Para ellos, de alguna manera, la luz misma es salud, y no necesitan un maestro, sino tal vez solo una advertencia. Para ellos, creer, esperar, amar es suficiente. Pero otros son heridos por el mismo resplandor que desean ver intensamente, y a menudo, sin haberlo visto, regresan a las tinieblas con deleite. Para ellos es peligroso, aunque ya se les pueda llamar sanos, querer mostrar lo que aún no pueden ver. Por lo tanto, estos deben ser ejercitados primero, y su amor debe ser diferido y nutrido útilmente. Primero, se les deben mostrar algunas cosas que no brillan por sí mismas, sino que pueden ser vistas por la luz, como una vestidura, o una pared, o algo similar. Luego, algo que no brilla por sí mismo, pero que resplandece más bellamente por esa luz, como el oro, la plata y cosas similares, pero no tan radiantes como para dañar los ojos. Entonces, tal vez, se debe mostrar modestamente este fuego terrenal, luego las estrellas, luego la luna, luego el resplandor del amanecer, y el brillo del cielo al clarear. En estos, ya sea más rápido o más lento, ya sea a través de todo el orden o despreciando algunos, cada uno, según su salud, acostumbándose, verá el sol sin vacilación y con gran placer. Algo así hacen los mejores maestros con los más dedicados a la sabiduría,

que ya ven agudamente, aunque no completamente. Pues llegar a ella por un cierto orden es el deber de una buena disciplina, pero sin orden es una felicidad apenas creíble. Pero hoy hemos escrito lo suficiente, creo; debemos cuidar la salud.

CAPÍTULO XIV.---La misma sabiduría cura los ojos para que pueda ser vista.

24. A. Y otro día: Dame, te ruego, ya si puedes, ese orden. Guíame, actúa como quieras, a través de lo que quieras, como quieras. Ordena cualquier cosa dura, cualquier cosa ardua, que esté en mi poder, a través de las cuales no dude que llegaré a donde deseo. R. Hay una cosa que puedo aconsejarte, nada más nuevo. Estos sentidos deben ser completamente evitados, y se debe tener gran cuidado, mientras llevamos este cuerpo, de que nuestras alas no se vean obstaculizadas por ninguna de sus trampas, pues necesitamos que estén intactas y perfectas para volar de estas tinieblas a aquella luz: que no se digna siquiera a mostrarse a los encerrados en esta prisión, a menos que sean tales que puedan escapar a sus auras, ya sea rompiendo o disolviendo estas cosas. Por lo tanto, cuando seas tal que nada terrenal te deleite en absoluto, créeme, en ese mismo momento, en ese mismo instante, verás lo que deseas. A. ¿Cuándo será eso, te lo ruego? Pues no creo que pueda llegar a despreciar completamente estas cosas, a menos que vea aquello en comparación con lo cual estas cosas se vuelven despreciables.

25. R. De esta manera, también podría decir este ojo del cuerpo: No amaré las tinieblas cuando vea el sol. Pues parece que esto también pertenece al orden, lo cual está muy lejos de ser así. Pues ama las tinieblas porque no está sano; pero no puede ver el sol a menos que esté sano. Y el alma a menudo se engaña al pensar que está sana y se jacta de ello; y porque aún no ve, se queja como si con razón. Pero esa belleza sabe cuándo mostrarse. Pues ella misma actúa como médico, y entiende mejor quiénes están sanos que los mismos que están siendo sanados. Pero nosotros, en la medida en que hemos emergido, nos parece que vemos: pero no se nos permite ni pensar ni sentir cuánto habíamos estado sumergidos, y cuánto habíamos avanzado, y en comparación con una enfermedad más grave creemos que estamos sanos. ¿No ves cuán seguros pronunciamos ayer que ya no estábamos retenidos por ninguna peste, y que no amábamos nada más que la sabiduría; y que buscábamos o queríamos las demás cosas solo por ella? ¡Cuán sucio, cuán feo, cuán execrable, cuán horrible te parecía el abrazo femenino cuando se discutió entre nosotros el deseo de una esposa! Ciertamente, anoche, mientras estábamos despiertos, cuando nuevamente discutíamos lo mismo entre nosotros, sentiste cómo esas imaginadas caricias y amarga dulzura te afectaron de manera diferente a lo que habías supuesto; mucho menos, ciertamente, mucho menos que de costumbre, pero también de manera muy diferente a lo que habías pensado; para que así ese médico más secreto te mostrara ambos, de qué te habías librado con su cuidado, y qué queda por curar.

26. A. Calla, te lo ruego, calla. ¿Por qué me torturas? ¿Por qué excavas tanto y descienes profundamente? Ya no puedo llorar, ya no prometo nada, no supongo nada, no me preguntes sobre estas cosas. Ciertamente dices que aquel mismo a quien deseo ver sabe cuándo estoy sano; que haga lo que le plazca: cuando le plazca, que se muestre; ya me entrego completamente a su clemencia y cuidado. Una vez creí en él que no cesa de elevar a aquellos que están así dispuestos hacia él. No pronunciaré nada sobre mi salud, a menos que vea esa belleza. R. No hagas nada más. Pero ya refrena tus lágrimas, y fortalece tu ánimo. Has llorado mucho, y ciertamente esta enfermedad de tu pecho lo toma gravemente. A. ¿Quieres que mis lágrimas tengan medida, cuando no veo medida a mi miseria? ¿O me ordenas considerar la salud del cuerpo, cuando yo mismo estoy consumido por la corrupción? Pero, te lo ruego, si tienes algún poder sobre mí, intenta guiarme por algunos atajos, para que, al menos por cierta cercanía de esa luz, que si he progresado algo, ya puedo soportar, me

desagrade volver los ojos a esas tinieblas que he dejado; si es que deben llamarse dejadas, las que aún se atreven a halagar mi ceguera.

CAPÍTULO XV.---Cómo se conoce el alma. Confianza en Dios.

27. R. Concluyamos, si te parece, este primer volumen, para que ya en el segundo abordemos algún camino que se presente conveniente. Pues no debe cesarse de una moderada ejercitación para tu afecto. A. No permitiré en absoluto que se concluya este librito, a menos que me reveles un poco de lo que debo estar atento sobre la cercanía de la luz. R. Ese médico te complace. Pues no sé qué resplandor me invita y me toca para guiarte. Así que presta atención. A. Estoy aquí.

28. R. ¿Te parece verdadera esta sentencia: Todo lo que es, está obligado a estar en algún lugar? A. Nada me lleva tanto a consentir. R. Pero admites que la verdad existe, ¿verdad? A. Lo admito. R. Entonces es necesario que busquemos dónde está; pues no está en un lugar, a menos que creas que algo más que un cuerpo puede estar en un lugar, o que la verdad es un cuerpo. A. No pienso nada de eso. R. Entonces, ¿dónde crees que está? Pues no está en ninguna parte, ya que admitimos que existe. A. Si supiera dónde está, tal vez no buscaría nada más. R. Al menos, ¿puedes reconocer dónde no está? A. Si lo recuerdas, tal vez pueda. R. Ciertamente no está en las cosas mortales. Pues lo que sea que esté en algo no puede permanecer si no permanece aquello en lo que está: pero se admitió hace poco que la verdad permanece incluso cuando las cosas verdaderas perecen. Por lo tanto, la verdad no está en las cosas mortales. Pero la verdad existe, y no está en ninguna parte. Por lo tanto, existen cosas inmortales. Nada es verdadero en lo que no está la verdad. Se concluye, por lo tanto, que no son verdaderas sino las cosas que son inmortales. Y todo árbol falso no es árbol, y toda madera falsa no es madera, y toda plata falsa no es plata, y en general, todo lo que es falso no es. Pero todo lo que no es verdadero es falso. Por lo tanto, nada se dice correctamente que sea, excepto lo inmortal. Considera cuidadosamente este razonamiento contigo mismo, para que no te parezca que algo no debe ser concedido. Pues si es firme, hemos casi completado todo el asunto, lo cual tal vez aparecerá mejor en otro libro.

30. A. Tengo gratitud, y esto lo trataré conmigo mismo y contigo, cuando estemos en silencio, con diligencia y cuidado, si no se interponen tinieblas, y si, lo que temo intensamente, no me causan deleite. R. Confía firmemente en Dios, y entrégate a Él por completo tanto como puedas. No quieras ser como dueño de ti mismo y en tu propio poder; sino que profesa ser siervo de ese Señor clementísimo y utilísimo. Pues así no dejará de elevarte hacia Él, y no permitirá que te suceda nada que no te beneficie, incluso si no lo sabes. A. Escucho, creo, y obedezco tanto como puedo; y le ruego mucho a Él, para que pueda más, a menos que desees algo más de mí. R. Está bien por ahora, harás después lo que Él mismo te haya ordenado.

LIBRO SEGUNDO. En él, Agustín discute extensamente sobre lo verdadero y lo falso, para concluir finalmente, al haber comprendido bien la perpetuidad de la verdad, que el alma misma del hombre, que es la sede de la verdad, es inmortal.

CAPÍTULO PRIMERO.---Sobre la inmortalidad del hombre.

1. A. Nuestra obra ha sido interrumpida lo suficiente, y el amor es impaciente, ni se pone fin a las lágrimas, a menos que se dé al amor lo que se ama: por lo tanto, emprendamos el segundo libro. R. Emprendámoslo. A. Creemos que Dios estará presente. R. Creámoslo

ciertamente, si esto está en nuestro poder. A. Nuestro poder es Él mismo. R. Así que ora brevemente y de manera perfecta, tanto como puedas. A. Dios siempre el mismo, que me conozca a mí, que te conozca a ti. Se ha orado. R. Tú que desees conocerte, ¿sabes que existes? A. Lo sé. R. ¿De dónde lo sabes? A. No lo sé. R. ¿Te sientes simple o múltiple? A. No lo sé. R. ¿Sabes que te mueves? A. No lo sé. R. ¿Sabes que piensas? A. Lo sé. R. Entonces es verdad que piensas. A. Es verdad. R. ¿Sabes que eres inmortal? A. No lo sé. R. De todas estas cosas que dijiste no saber, ¿cuál prefieres saber primero? A. Si soy inmortal. R. Entonces amas vivir. A. Lo confieso. R. ¿Qué, cuando aprendas que eres inmortal? ¿Será suficiente? A. Será algo grande, pero me parecerá poco. R. Sin embargo, ¿cuánto te alegrarás de eso que es poco? A. Muchísimo. R. ¿Ya no llorarás? A. En absoluto. R. ¿Qué, si se encuentra que la vida misma es tal que en ella no puedes saber nada más de lo que ya sabes? ¿Te abstendrás de llorar? A. Más bien lloraré tanto que no habrá vida. R. Entonces no amas vivir por el mero hecho de vivir, sino por saber. A. Cedo a la conclusión. R. ¿Qué, si ese mismo conocimiento de las cosas te hace miserable? A. No creo que eso pueda suceder de ninguna manera. Pero si es así, nadie puede ser feliz; pues ahora no soy miserable por otra cosa que por la ignorancia de las cosas. Si el conocimiento de las cosas también hace miserable, es una miseria eterna. R. Ya veo todo lo que desees. Pues, ya que no crees que nadie sea miserable por el conocimiento, es probable que la inteligencia haga feliz; pero nadie es feliz si no vive, y nadie vive si no es: desees ser, vivir y entender; pero ser para vivir, vivir para entender. Entonces sabes que eres, sabes que vives, sabes que entiendes. Pero si estas cosas siempre serán, o ninguna de ellas será, o si algo permanecerá siempre y algo perecerá, o si estas cosas pueden disminuir y aumentar, aunque todas permanezcan, desees saber. A. Así es. R. Si, por lo tanto, probamos que siempre viviremos, también seguirá que siempre seremos. A. Seguirá. R. Quedará por investigar sobre el entendimiento.

CAPÍTULO II.---La verdad perpetua.

2. A. Veo un orden muy claro y breve. R. Entonces, permanece aquí ahora, para que respondas con cautela y firmeza a quien pregunta. A. Aquí estoy. R. Si este mundo siempre permanecerá, ¿es verdad que el mundo siempre permanecerá? A. ¿Quién lo duda? R. ¿Qué, si no permanecerá? ¿No es verdad que el mundo no permanecerá? A. No me opongo. R. ¿Qué, cuando haya perecido, si va a perecer? ¿No será entonces verdad que el mundo ha perecido? Pues mientras no sea verdad que el mundo ha perecido, no ha perecido: por lo tanto, es contradictorio que el mundo haya perecido y no sea verdad que el mundo ha perecido. A. También concedo esto. R. ¿Qué hay de eso? ¿Te parece que algo puede ser verdadero sin que haya verdad? A. De ninguna manera. R. Entonces habrá verdad, incluso si el mundo perece. A. No puedo negarlo. R. ¿Qué, si la misma verdad perece? ¿No será verdad que la verdad ha perecido? A. ¿Y quién lo niega? R. Pero no puede ser verdad si no hay verdad. A. Ya concedí esto hace un momento. R. De ninguna manera, entonces, perecerá la verdad. A. Continúa como comenzaste, pues no hay nada más verdadero que esta deducción.

CAPÍTULO III.---Si la falsedad siempre existirá, y no puede existir sin sentido, se sigue que algún alma siempre existirá.

3. R. Ahora me gustaría que respondieras si te parece que siente el alma o el cuerpo. A. Me parece que el alma. R. ¿Qué? ¿Te parece que el intelecto pertenece al alma? A. Completamente me parece. R. ¿Solo al alma, o a algo más? A. No veo nada más que el alma, excepto Dios, donde creo que está el intelecto. R. Veamos eso ahora. Si alguien te dijera que esta pared no es una pared, sino un árbol, ¿qué pensarías? A. O que su sentido, o el mío, se equivoca, o que él llama pared a esto con ese nombre. R. ¿Qué, si a él le parece la apariencia de un árbol, y a ti la de una pared? ¿No podría ser verdad para ambos? A. De ninguna

manera; porque una misma cosa no puede ser a la vez árbol y pared. Aunque a cada uno de nosotros nos parezcan cosas diferentes, es necesario que uno de nosotros tenga una falsa imaginación. R. ¿Qué, si no es ni pared ni árbol, y ambos se equivocan? A. Eso puede ser. R. Entonces omitiste eso antes. A. Lo admito. R. ¿Qué, si reconocen que les parece algo diferente de lo que es? ¿No se equivocan? A. No. R. Entonces puede ser que lo que parece falso sea falso, y no se equivoque quien lo ve. A. Puede ser. R. Debemos admitir, entonces, que no se equivoca quien ve cosas falsas, sino quien asiente a las falsas. A. Claramente debemos admitirlo. R. ¿Qué hay de lo falso en sí? ¿Por qué es falso? A. Porque se comporta de manera diferente a como parece. R. Si, entonces, no hay quienes lo vean, nada es falso. A. Se sigue. R. Entonces la falsedad no está en las cosas, sino en el sentido: pero no se equivoca quien no asiente a las falsas. Se concluye que somos algo diferente de nuestros sentidos; ya que, cuando el sentido se equivoca, podemos no equivocarnos. A. No tengo nada que contradecir. R. Pero, ¿te atreves a decir que cuando el alma se equivoca, no es falso? A. ¿Cómo podría atreverme a eso? R. Pero ningún sentido sin alma, ninguna falsedad sin sentido. O el alma opera, o coopera con la falsedad. A. Las premisas anteriores me llevan a la aceptación.

4. R. Responde ahora, si te parece que alguna vez puede no haber falsedad. A. ¿Cómo podría parecerme eso, cuando es tan difícil encontrar la verdad, que es más absurdo decir que la falsedad no puede ser que la verdad? R. ¿Acaso crees que quien no vive puede sentir? A. No puede ser. R. Se concluye que el alma siempre vive. A. Me apresuras demasiado hacia la alegría: poco a poco, por favor. R. Sin embargo, si esas cosas se concedieron correctamente, no veo por qué dudar de esto. A. Es demasiado rápido, digo. Así que más fácilmente me inclino a pensar que concedí algo temerariamente, que a estar ya seguro de la inmortalidad del alma. Sin embargo, desarrolla esa conclusión, y muestra cómo se logró. R. Dijiste que la falsedad no puede existir sin sentido, y que no puede no existir: por lo tanto, siempre hay sentido. Pero ningún sentido sin alma: por lo tanto, el alma es eterna. Y no puede sentir, a menos que viva. Por lo tanto, el alma siempre vive.

CAPÍTULO IV.---De la perpetuidad de la falsedad o la verdad, ¿puede deducirse la inmortalidad del alma?

5. A. ¡Oh puñal de plomo! Podrías haber concluido que el hombre es inmortal, si te hubiera concedido que este mundo nunca puede estar sin hombre, y que el mundo es eterno. R. Estás bien alerta. Pero, sin embargo, no es poco lo que hemos concluido, que la naturaleza de las cosas no puede estar sin alma, a menos que tal vez en la naturaleza de las cosas la falsedad alguna vez no existirá. A. Admito que eso es consecuente. Pero ya considero que se debe deliberar más, si lo concedido anteriormente no vacila. Pues veo que se ha dado un gran paso hacia la inmortalidad del alma. R. ¿Has considerado suficientemente, para no haber concedido algo temerariamente? A. Suficientemente, pero no veo nada por lo que me acuse de temeridad. R. Entonces se ha concluido que la naturaleza de las cosas no puede estar sin alma viva. A. Concluido hasta ahora, para que puedan nacer unas y morir otras sucesivamente. R. ¿Qué, si se elimina la falsedad de la naturaleza de las cosas? ¿No se hará que todas las cosas sean verdaderas? A. Veo que se sigue. R. Responde de dónde te parece que esta pared es verdadera. A. Porque no me engaño con su apariencia. R. Entonces porque es como parece. A. También. R. Si, por lo tanto, algo es falso porque parece diferente de lo que es, y algo es verdadero porque parece como es; eliminado aquel a quien parece, nada es falso ni verdadero. Pero si no hay falsedad en la naturaleza de las cosas, todas las cosas son verdaderas. Y nada puede parecer, excepto al alma viviente. Por lo tanto, el alma permanece en la naturaleza de las cosas, si la falsedad no puede eliminarse; permanece, si puede. A. Veo que lo que ya se había concluido se ha hecho más robusto; pero no hemos avanzado nada con

esta adición. Sin embargo, permanece lo que más me mueve, que las almas nacen y mueren, y que no faltan al mundo, no por su inmortalidad, sino por sucesión.

6. R. ¿Te parece que las cosas corporales, es decir, sensibles, pueden ser comprendidas por el intelecto? A. No me parece. R. ¿Qué hay de eso? ¿Te parece que Dios usa los sentidos para conocer las cosas? A. No me atrevo a afirmar nada temerariamente sobre esto; pero tanto como se puede conjeturar, de ninguna manera Dios usa los sentidos. R. Entonces concluimos que solo el alma puede sentir. A. Concluye por ahora tanto como sea probable. R. ¿Qué hay de eso? ¿Concedes que esta pared, si no es una verdadera pared, no es una pared? A. Nada más fácil concedería. R. Ni nada, si no es un verdadero cuerpo, es un cuerpo. A. Esto también es así. R. Entonces, si nada es verdadero, a menos que sea como parece; y nada corporal puede parecer, excepto a los sentidos; y no puede sentir, excepto el alma; y si no es un verdadero cuerpo, no es un cuerpo: queda que no puede haber cuerpo, a menos que haya alma. A. Me presionas demasiado, y no tengo nada con qué resistir.

CAPÍTULO V.---Qué es lo verdadero.

7. R. Presta más atención a esto. A. Aquí estoy. R. Ciertamente esta es una piedra; y es verdadera si no se comporta de manera diferente a como parece; y no es una piedra si no es verdadera; y no puede parecer, excepto a los sentidos. A. También. R. Entonces no hay piedras en el más oculto seno de la tierra, ni en absoluto donde no hay quienes las perciban: ni esta piedra sería, si no la viéramos; ni será una piedra cuando nos vayamos, y nadie más la vea presente. Ni, si cierras bien los compartimentos, aunque encierres muchas cosas en ellos, tendrán algo. Ni en absoluto la madera misma es madera en su interior. Pues huye de todos los sentidos lo que está en la profundidad del cuerpo menos translúcido, que se ve obligado a no ser en absoluto. Pues si fuera, sería verdadero; y nada es verdadero, a menos que sea como parece: pero eso no parece; por lo tanto, no es verdadero: a menos que tengas algo que responder a esto. A. De lo que concedí, veo que esto ha surgido; pero es tan absurdo, que más fácilmente negaría cualquiera de ellos, que conceder que esto es verdadero. R. No me opongo. Entonces, ve qué quieres decir: que las cosas corporales no pueden parecer, excepto a los sentidos, o que solo el alma puede sentir, o que algo es, pero no es verdadero, o que lo verdadero debe definirse de otra manera. A. Veamos eso mismo, te lo ruego, lo último.

8. R. Define entonces lo verdadero. A. Lo verdadero es lo que se comporta como parece al conocedor, si quiere y puede conocerlo. R. Entonces no será verdadero lo que nadie puede conocer. Además, si lo falso es lo que parece diferente de lo que es, ¿qué, si a uno le parece este muro, muro; a otro, madera? ¿Será la misma cosa a la vez falsa y verdadera? A. Eso me preocupa más, cómo si algo no puede ser conocido, por eso no es verdadero. Pues que una cosa sea a la vez verdadera y falsa, no me importa mucho. Pues veo que una cosa comparada con otras, puede ser a la vez mayor y menor. Pero eso sucede porque nada es mayor o menor por sí mismo. Pues esos nombres son de comparación. R. Pero si dices que nada es verdadero por sí mismo, ¿no temes que se siga que nada es por sí mismo? Pues de donde esto es madera, de allí también es verdadera madera. Ni puede ser por sí mismo, es decir, sin conocedor, madera, y no ser verdadera madera. A. Entonces digo eso y así lo defino, y no temo que mi definición sea desaprobada por ser demasiado breve: pues lo verdadero me parece ser lo que es. R. Entonces nada será falso, porque todo lo que es, es verdadero. A. Me has puesto en grandes aprietos, y no encuentro en absoluto qué responder. Así sucede que, aunque no quiero ser enseñado de otra manera que con estas preguntas, ya temo ser interrogado.

CAPÍTULO VI.---De dónde la falsedad, y dónde.

9. R. Dios a quien nos hemos encomendado, sin duda nos ayuda, y nos libera de estas angustias, siempre que creamos, y le roguemos devotamente. A. Nada haría más gustosamente en este lugar; pues nunca he soportado tal oscuridad. Dios, nuestro Padre, que nos exhortas a orar, que también concedes lo que se te pide; pues cuando te rogamos, vivimos mejor, y somos mejores: escúchame palpitante en estas tinieblas, y extiéndeme tu mano. Extiende tu luz sobre mí, recuérdame de los errores; contigo como guía, regrese a mí mismo y a ti. Amén. R. Permanece aquí tanto como puedas, y presta atención con la mayor vigilancia. A. Habla, te lo ruego, si algo se te ha sugerido, para que no perezcamos. R. Permanece aquí. A. Aquí me tienes sin hacer nada más.

10. R. Primero, examinemos una y otra vez qué es lo falso. A. Me sorprende si será algo diferente de lo que no es como parece. R. Presta atención más bien, y primero interroguemos a los mismos sentidos. Pues ciertamente lo que los ojos ven, no se dice falso, a menos que tenga alguna similitud con lo verdadero. Por ejemplo, el hombre que vemos en sueños, ciertamente no es un verdadero hombre, sino falso, precisamente porque tiene similitud con lo verdadero. Pues, ¿quién ve un perro, y correctamente dice que soñó con un hombre? Por lo tanto, también ese perro es falso, porque es similar al verdadero. A. Así es como dices. R. ¿Qué, si alguien despierto, al ver un caballo, piensa que ve un hombre? ¿No se equivoca porque le aparece alguna similitud de hombre? Pues si no le aparece nada, excepto la apariencia de un caballo, no puede pensar que ve un hombre. A. Totalmente cedo. R. También decimos que el árbol que vemos pintado es falso, y la cara que se refleja en el espejo es falsa, y el movimiento falso de las torres para los navegantes, y la falsa ruptura del remo, por nada más que porque son verosímiles. A. Lo admito. R. Así también nos equivocamos en los gemelos, así en las ovejas, así en los sellos individuales impresos con un mismo anillo, y en otras cosas semejantes. A. Sigo completamente y lo concedo. R. Entonces la similitud de las cosas que pertenece a los ojos es la madre de la falsedad. A. No puedo negarlo.

11. R. Pero todo este bosque, si no me equivoco, se puede dividir en dos géneros. Pues en parte se trata de cosas iguales, y en parte de cosas inferiores. Son iguales cuando decimos que esto es semejante a aquello, como se dice de los gemelos o de las impresiones de un anillo. En las inferiores, sin embargo, decimos que lo que es inferior es semejante a lo mejor. ¿Quién, al mirar en un espejo, diría correctamente que es semejante a esa imagen, y no más bien que esa imagen es semejante a él? Este género se encuentra en parte en lo que sufre el alma, y en parte en las cosas que parecen. Pero lo que sufre el alma, lo sufre en el sentido, como el movimiento de una torre que no existe; o en sí misma a partir de lo que ha recibido de los sentidos, como las visiones de los soñadores, y quizás también de los locos. Además, aquellas cosas que aparecen en las mismas cosas que vemos, unas son producidas por la naturaleza, y otras son expresadas y formadas por los seres animados. La naturaleza produce similitudes inferiores al engendrar o al reflejar. Al engendrar, cuando nacen semejantes a los padres; al reflejar, como en los espejos de cualquier tipo. Aunque muchos espejos son hechos por los hombres, no son ellos quienes forman las imágenes que se reflejan. Ahora bien, las obras de los seres animados se encuentran en las pinturas y en cualquier tipo de figuras: en este género también se pueden incluir aquellas, si es que se hacen, que los demonios realizan. Las sombras de los cuerpos, porque no están demasiado lejos de ser semejantes a los cuerpos y casi se pueden llamar cuerpos falsos, no deben negarse al juicio de los ojos; me parece que deben colocarse en el género que se produce al reflejarse por la naturaleza. Todo cuerpo que se interpone a la luz refleja una sombra en la parte contraria. ¿Te parece que hay algo que

contradecir? A. En verdad, nada. Pero espero ansiosamente hacia dónde se dirigen estas cosas.

12. R. Sin embargo, debemos soportar pacientemente hasta que los demás sentidos nos informen que en la semejanza de la verdad habita la falsedad. Pues también en el mismo oído se encuentran casi los mismos géneros de semejanzas: como cuando, al escuchar la voz de alguien que habla, a quien no vemos, pensamos que es otra persona a quien se parece en la voz; y en las cosas inferiores, el eco es testigo, o ese zumbido de los mismos oídos, o en los relojes la imitación de un mirlo o un cuervo, o lo que los soñadores o los locos parecen escuchar. Las notas falsas que los músicos llaman así, es increíble cuánto atestiguan la verdad, lo cual aparecerá después: sin embargo, incluso ellas, lo suficiente por ahora, no están lejos de la semejanza de aquellas que llaman verdaderas. ¿Sigues esto? A. Y con mucho gusto. Pues no me esfuerzo por entender. R. Entonces, para no demorarnos, ¿te parece que el olor de un lirio puede distinguirse fácilmente de otro lirio, o el sabor de la miel de tomillo de la miel de tomillo de diferentes colmenas, o la suavidad de las plumas de un cisne del tacto de un ganso? A. No me parece. R. ¿Qué, cuando soñamos que olemos, gustamos o tocamos tales cosas? ¿No nos engañamos por la semejanza de las imágenes, tanto más cuanto más vacías son? A. Dices la verdad. R. Por lo tanto, parece que en todos los sentidos, ya sea en cosas iguales o en cosas inferiores, somos engañados por la semejanza que seduce; o incluso si no somos engañados al suspender el consentimiento, o al reconocer la diferencia, sin embargo, llamamos falsas a aquellas cosas que descubrimos verosímiles. A. No puedo dudar.

CAPÍTULO VII.---Sobre lo verdadero y lo semejante. Por qué se llaman Soliloquios.

13. R. Ahora presta atención, mientras volvemos a recorrer lo mismo, para que se haga más claro lo que intentamos mostrar. A. Aquí estoy, di lo que quieras. Pues he decidido soportar este rodeo una vez, y no me cansaré en él con la gran esperanza de llegar a donde siento que nos dirigimos. R. Haces bien. Pero presta atención a si te parece que, cuando vemos huevos semejantes, podemos decir correctamente que alguno de ellos es falso. A. De ninguna manera me parece. Pues si todos son huevos, son verdaderos huevos. R. ¿Qué, cuando vemos que una imagen se refleja en un espejo? ¿Con qué signos comprendemos que es falsa? A. Evidentemente porque no se puede tocar, no suena, no se mueve por sí misma, no vive, y por innumerables otras cosas, que sería largo de enumerar. R. Veo que no quieres detenerte, y debo ceder a tu prisa. Así que, para no repetir cada cosa, si también esos hombres que vemos en sueños pudieran vivir, hablar, ser tocados por los que están despiertos, y no hubiera diferencia entre ellos y aquellos a quienes hablamos y vemos despiertos y sanos, ¿acaso los llamaríamos falsos? A. ¿Cómo podría decirse eso correctamente? R. Entonces, si fueran verdaderos en la medida en que aparecieran muy semejantes a los verdaderos, y no hubiera diferencia alguna entre ellos y los verdaderos, y fueran falsos en la medida en que se demostraran disímiles por esas u otras diferencias; ¿no es necesario admitir que la semejanza es madre de la verdad, y la disimilitud de la falsedad? A. No tengo nada que decir, y me avergüenza mi temerario consentimiento anterior.

14. R. Es ridículo que te avergüences, como si no hubiéramos elegido precisamente este tipo de conversaciones: que, puesto que hablamos solo con nosotros mismos, quiero que se llamen e inscriban Soliloquios; un nombre nuevo y quizás duro, pero bastante adecuado para mostrar la cosa. Pues ya que no se puede buscar mejor la verdad que preguntando y respondiendo, y apenas se encuentra alguien a quien no le avergüence ser refutado en una discusión, y por eso casi siempre sucede que una cuestión bien planteada para discutir es estallada por el clamor desordenado de la obstinación, incluso con laceración de los ánimos, a menudo disimulada, a veces abierta; me pareció, como creo, pacíficamente y de la manera más conveniente, buscar

la verdad preguntándome a mí mismo y respondiéndome, con la ayuda de Dios: por lo tanto, no hay nada que temer, si en algún lugar te has enredado temerariamente, volver y desatar; de otro modo, no se puede salir de aquí.

CAPÍTULO VIII.---De dónde lo verdadero o lo falso.

15. A. Dices correctamente; pero no veo claramente en qué he concedido mal: a menos que tal vez se diga correctamente que es falso lo que tiene alguna semejanza con la verdad, ya que no se me ocurre nada más digno del nombre de falso; y sin embargo, me veo obligado a admitir que se llaman falsas aquellas cosas que se llaman así porque difieren de las verdaderas. De lo cual se concluye que esa misma disimilitud es la causa de la falsedad. Por lo tanto, estoy confundido; pues no se me ocurre fácilmente nada que se genere por causas contrarias. R. ¿Qué, si este es el único género en la naturaleza de las cosas, y el único que es así? ¿O no sabes que, habiendo recorrido innumerables géneros de animales, solo se encuentra el cocodrilo que mueve la parte superior al masticar; especialmente cuando apenas se puede encontrar algo tan semejante a cualquier cosa, que no sea también disímil en algo? A. Veo eso; pero cuando considero aquello que llamamos falso, y que tiene algo semejante a la verdad y algo disímil, no puedo discernir por cuál de sus partes merece el nombre de falso. Pues si digo que es por lo que es disímil, no habrá nada que no pueda llamarse falso: pues no hay nada que no sea disímil a alguna cosa que concedemos que es verdadera. Asimismo, si digo que es por lo que es semejante, que debe llamarse falso; no solo protestarán aquellos huevos que son verdaderos precisamente porque son muy semejantes, sino que tampoco evitaré a quien me obligue a confesar que todo es falso, porque no puedo negar que todo es semejante en alguna parte. Pero supongamos que no temo responder eso, que la semejanza y la disimilitud juntas hacen que algo se llame correctamente falso; ¿qué camino me darás para escapar? Pues se insistirá igualmente en que declare que todo es falso; ya que todo se encuentra, como se dijo antes, semejante y disímil en alguna parte. Quedaría que no dijera que algo es falso, sino lo que es de otra manera de lo que parece, si no temiera aquellos monstruos que pensaba haber navegado hace un momento. Pues de nuevo me veo empujado por un inesperado vértigo, a decir que es verdadero lo que es como parece. De lo cual se sigue que sin un conocedor nada puede ser verdadero: donde debo temer un naufragio en los escollos más ocultos, que son verdaderos, aunque no se conozcan. O, si digo que es verdadero lo que es, se concluirá que no hay nada falso en ninguna parte, aunque alguien se oponga. Por lo tanto, vuelven esas agitaciones, y no veo que haya avanzado nada con tanta paciencia en tus demoras.

CAPÍTULO IX.---Qué es falso, qué engañoso y qué mentiroso.

16. R. Presta atención; pues de ninguna manera me induciré a pensar que hemos invocado en vano la ayuda divina. Pues veo que, habiendo intentado todo lo que pudimos, no queda nada que se llame falsamente, sino lo que finge ser lo que no es, o lo que tiende a ser y no es en absoluto. Pero ese género superior de lo falso, también se llama engañoso o mentiroso. Pues se llama correctamente engañoso lo que tiene un cierto apetito de engañar; que no puede entenderse sin un alma: pero se hace en parte por razón, en parte por naturaleza; por razón, en los animales racionales, como en el hombre; por naturaleza, en las bestias, como en el zorro. Pero lo que llamo mentiroso, es hecho por los que mienten. Estos se diferencian de los engañosos, en que todo engañoso desea engañar; pero no todo el que miente quiere engañar: pues tanto los mimos como las comedias y muchos poemas están llenos de mentiras, con la intención de deleitar más que de engañar, y casi todos los que bromean, mienten. Pero se llama correctamente engañoso o engañador a aquel cuyo negocio es que alguien sea

engañado. Sin embargo, aquellos que no buscan engañar, pero aún así inventan algo, nadie duda en llamarlos mentirosos, o al menos mentirosos.

17. A. Continúa, por favor; pues ahora tal vez has comenzado a enseñarnos cosas verdaderas sobre lo falso: pero ya espero qué tipo de género es ese que dijiste, tiende a ser y no es. R. ¿Por qué no esperarías? Son las mismas cosas, muchas de las cuales mencionamos antes. ¿No te parece que tu imagen en el espejo quiere ser como tú, pero es falsa porque no lo es? A. Esto me parece mucho. R. ¿Qué hay de toda pintura o cualquier tipo de simulacro, y todas las cosas de ese tipo hechas por artesanos? ¿No intentan ser aquello a cuya semejanza cada cosa fue hecha? A. Estoy completamente convencido. R. Ya concederás, supongo, que aquellas cosas por las que los que duermen o los locos son engañados, están en ese género. A. Y ninguna más: pues ninguna más tiende a ser tal como lo que los despiertos o los sanos perciben; y sin embargo, son falsas porque no pueden ser lo que tienden a ser. R. ¿Qué más puedo decir sobre el movimiento de las torres, o el remo sumergido, o las sombras de los cuerpos? Es claro, creo, que deben medirse según esta regla. A. Clarísimo. R. No hablo de los demás sentidos; pues nadie que considere no encontrará que se llama falso en las mismas cosas que sentimos, lo que tiende a ser algo y no es.

CAPÍTULO X.---Algunas cosas son verdaderas porque son falsas.

18. A. Dices correctamente: pero me sorprende por qué te pareció que debían separarse de este género aquellas obras poéticas y bromas, y otras falsedades. R. Porque evidentemente es una cosa querer ser falso, y otra no poder ser verdadero. Por lo tanto, las mismas obras de los hombres, como las comedias o tragedias, o los mimos, y otras cosas de ese tipo, podemos unir las a las obras de los pintores y escultores. Pues un hombre pintado no puede ser verdadero, aunque tienda a la apariencia de un hombre, tanto como aquellas cosas que están escritas en los libros de los cómicos. Pues no son falsas por voluntad, ni son falsas por ningún apetito propio; sino por una cierta necesidad, en la medida en que pudieron seguir el arbitrio del que las inventó. Pero en la escena, Roscio era falsamente Hécuba por voluntad, naturalmente un verdadero hombre; pero por esa voluntad también era un verdadero trágico, en la medida en que cumplía con su propósito: sin embargo, era un falso Príamo, en la medida en que asimilaba a Príamo, pero no lo era. De lo cual ahora surge algo maravilloso, que sin embargo nadie duda que es así. A. ¿Qué es eso? R. ¿Qué crees, sino que todas estas cosas son verdaderas en algunos aspectos, por lo que son falsas en otros, y que solo les beneficia ser falsas en algo, para ser verdaderas en otra cosa? De donde no llegan de ninguna manera a ser lo que quieren o deben ser, si evitan ser falsas. Pues ¿cómo podría ser el trágico que mencioné, un verdadero trágico, si no quisiera ser un falso Héctor, una falsa Andrómaca, un falso Hércules, y otras innumerables cosas? ¿O de dónde sería una verdadera pintura, si no fuera un falso caballo? ¿De dónde una verdadera imagen de un hombre en un espejo, si no fuera un falso hombre? Por lo tanto, si a algunas cosas les beneficia ser algo falso para ser algo verdadero; ¿por qué tememos tanto las falsedades, y buscamos la verdad como un gran bien? A. No sé, y me sorprende mucho, a menos que en esos ejemplos no vea nada digno de imitación. Pues no debemos ser como actores, o como reflejos en espejos, o como las vacas de Mirón de bronce, para ser verdaderos en nuestro propio estado, imitando y asimilándonos a un estado ajeno, y por eso debemos ser falsos; sino buscar esa verdad que no es como una razón bifronte y contradictoria, para que sea verdadera en alguna parte y falsa en otra. R. Buscas algo grande y divino. Sin embargo, si lo encontramos, ¿no admitiremos que de estas cosas se compone y se forma la verdad misma, de la cual se denomina todo lo que de alguna manera se llama verdadero? A. No me opongo a esto.

CAPÍTULO XI.---La verdad de las disciplinas. Qué es una fábula. Qué es la gramática.

19. R. ¿Qué te parece entonces? ¿Es verdadera la disciplina de la argumentación, o es falsa? A. ¿Quién duda que es verdadera? Pero también es verdadera la gramática. R. ¿Tan verdadera como aquella? A. No veo qué puede ser más verdadero que lo verdadero. R. Aquello que no tiene nada de falso: lo cual, al observarlo, te ofendías hace un momento por aquellas cosas que, no sé cómo, no podrían ser verdaderas si no fueran falsas. ¿O no sabes que todas esas fábulas y cosas abiertamente falsas pertenecen a la gramática? A. No ignoro eso; pero, según creo, no son falsas por la gramática, sino que, cualesquiera que sean, se demuestran por ella. Pues una fábula es una mentira compuesta para utilidad o deleite. Pero la gramática es la disciplina que custodia y regula la voz articulada: por la necesidad de su profesión se ve obligada a recoger todos los inventos de la lengua humana, que han sido confiados a la memoria y a las letras, no haciéndolos falsos, sino enseñando y afirmando una cierta razón verdadera sobre ellos. R. Correctamente: no me importa ahora si esas cosas están bien definidas y distinguidas por ti; pero lo que busco es si esto es así por la misma gramática, o si lo muestra esa disciplina de la argumentación. A. No niego que la habilidad y el conocimiento de definir, con los que ahora he intentado separar estas cosas, se atribuyen al arte de la argumentación.

20. R. ¿Qué hay de la misma gramática? ¿No es verdadera en la medida en que es disciplina? Pues la disciplina se llama así por el aprendizaje: nadie puede decir que ignora lo que ha aprendido y retenido; y nadie sabe cosas falsas. Por lo tanto, toda disciplina es verdadera. A. No veo que en este razonamiento se conceda algo temerariamente. Sin embargo, me preocupa que a alguien le parezca que también esas fábulas son verdaderas; pues también las aprendemos y retenemos. R. ¿Acaso nuestro maestro no quería que creyéramos lo que enseñaba, y que lo supiéramos? A. Al contrario, insistía vehementemente en que lo supiéramos. R. ¿Alguna vez insistió en que creyéramos que Dédalo voló? A. Esto nunca. Pero ciertamente nos hacía creer que apenas podríamos sostener algo en nuestras manos si no reteníamos la fábula. R. Entonces, ¿niegas que es verdadero que esta es una fábula, y que Dédalo fue difamado de esta manera? A. No niego que esto sea verdadero. R. No niegas, entonces, que aprendiste algo verdadero cuando aprendiste estas cosas. Pues si es verdadero que Dédalo voló, y los niños lo tomaran y devolvieran como una fábula ficticia, por eso mismo retendrían algo falso, por lo que serían verdaderas las cosas que devolvieran. De ahí surgió aquello que nos sorprendía antes, que la fábula sobre el vuelo de Dédalo no podría ser verdadera, a menos que fuera falso que Dédalo voló. A. Ahora entiendo eso; pero espero que ganamos con ello. R. ¿Qué, sino que no es falsa esa razón por la cual concluimos que la disciplina, a menos que enseñe algo verdadero, no puede ser disciplina? A. ¿Y qué tiene que ver esto con el asunto? R. Porque quiero que me digas de dónde viene la disciplina gramatical: pues es verdadera de donde es disciplina. A. No sé qué responderte. R. ¿No te parece que, si nada estuviera definido en ella, y nada estuviera distribuido y distinguido en géneros y partes, de ninguna manera podría ser disciplina? A. Ahora entiendo lo que dices; y no se me ocurre ninguna forma de disciplina en la que las definiciones, divisiones y razonamientos, al declarar qué es cada cosa, al devolver a cada uno lo que le corresponde sin confusión de partes, al no omitir nada propio, al no incluir nada ajeno, no hayan hecho todo esto mismo por lo que se llama disciplina. R. Entonces también todo esto mismo por lo que se llama verdadero. A. Veo que se sigue.

21. R. Responde ahora qué disciplina contiene las razones de las definiciones, divisiones y particiones. A. Ya se ha dicho anteriormente que esto se contiene en las reglas de la argumentación. R. La gramática, por lo tanto, fue creada con el mismo arte, como disciplina, y para que fuera verdadera, la cual fue defendida por ti anteriormente de la falsedad. Esto no

lo puedo concluir solo de una gramática, sino de todas las disciplinas. Pues dijiste, y dijiste verdaderamente, que no se te ocurre ninguna disciplina en la que el derecho de definir y distribuir no haya hecho que sea una disciplina. Pero, si son verdaderas en cuanto son disciplinas, ¿negará alguien que la verdad misma es por la cual todas las disciplinas son verdaderas? A. Estoy casi completamente de acuerdo: pero me preocupa que también contemos la razón de la argumentación entre las mismas disciplinas. Por lo tanto, creo que es más bien la verdad, por la cual esa misma razón es verdadera. R. Muy bien y con gran atención: pero no niegas, creo, que es verdadera en cuanto es disciplina. A. De hecho, eso es lo que me preocupa. Pues he advertido que también es una disciplina, y por eso se dice que es verdadera. R. ¿Qué entonces? ¿Crees que podría ser una disciplina de otra manera, si no todo en ella estuviera definido y distribuido? A. No tengo nada más que decir. R. Pero, si le corresponde este oficio, por sí misma es una disciplina verdadera. ¿Alguien pensará, entonces, que es extraño que aquello por lo cual todas las cosas son verdaderas, sea por sí misma y en sí misma la verdad? A. Nada me impide seguir rectamente esa opinión.

CAPÍTULO XII.---De cuántas maneras algunas cosas están en otra.

22. R. Presta atención, entonces, a las pocas cosas que quedan. A. Expón lo que tengas, siempre que sea algo que pueda entender, y lo concederé con gusto. R. No nos escape que se dice de dos maneras que algo está en algo. Una, en la que está de tal manera que puede separarse y estar en otro lugar, como esta madera en este lugar, como el sol en el oriente: y otra, en la que algo está en un sujeto de tal manera que no puede separarse de él, como en esta madera la forma y la especie que vemos, como en el sol la luz, como en el fuego el calor, como en el alma la disciplina, y si hay otras cosas similares. ¿Te parece de otra manera? A. Estas cosas son ciertamente muy antiguas para nosotros, y desde la juventud las hemos aprendido y conocido con gran dedicación: por lo que no puedo, cuando se me pregunta sobre ellas, dejar de concederlas sin ninguna deliberación. R. ¿Y qué hay de eso? ¿No concedes que lo que está inseparablemente en un sujeto, si el mismo sujeto no permanece, no puede permanecer? A. También veo esto como necesario; pues, permaneciendo el sujeto, cualquiera que observe atentamente las cosas entiende que lo que está en el sujeto puede no permanecer. Pues el color de este cuerpo puede cambiar ya sea por razón de salud o de edad, aunque el mismo cuerpo aún no haya perecido. Y esto no es igualmente válido en todos los casos, sino en aquellos en los que, no para que sean los mismos sujetos, las cosas que están en los sujetos coexisten. Pues no es para que este muro exista, que el muro se hace de este color que vemos en él; ya que incluso si por algún caso se ennegrece o se blanquea, o cambia a algún otro color, sin embargo, el muro permanece y se le llama así. Pero, en verdad, si el fuego carece de calor, ni siquiera será fuego; ni podemos llamar nieve a menos que sea blanca.

CAPÍTULO XIII.---Se deduce la inmortalidad del alma.

23. Pero lo que preguntaste, ¿quién lo ha concedido, o a quién le parece posible que lo que está en un sujeto permanezca cuando el mismo sujeto perece? Pues es monstruoso y muy alejado de la verdad que lo que no existiría si no estuviera en él, pueda existir incluso cuando él mismo no exista. R. Entonces, lo que buscábamos ha sido encontrado. A. ¿Qué dices? R. Lo que oyes. A. ¿Ya está claro que el alma es inmortal? R. Si lo que concediste es verdadero, clarísimamente: a menos que digas que el alma, incluso si muere, sigue siendo alma. A. Nunca diría eso; pero digo que por el mismo hecho de perecer, el alma deja de ser. Y no me aparta de esta opinión lo que dijeron los grandes filósofos, que aquello que, dondequiera que llegue, proporciona vida, no puede admitir la muerte en sí. Pues aunque la luz, dondequiera que pueda entrar, hace que eso brille, y no puede admitir las tinieblas en sí debido a esa memorable fuerza de los contrarios, sin embargo, se extingue, y ese lugar se oscurece con la

luz extinguida. Así, aquello que resistía a las tinieblas, y de ninguna manera admitió las tinieblas en sí, y así les hizo lugar al perecer, como también podía hacerlo al retirarse. Por lo tanto, temo que la muerte ocurra al cuerpo como las tinieblas al lugar, a veces con el alma retirándose como la luz, y a veces extinguiéndose allí mismo; de modo que ya no hay seguridad sobre toda muerte del cuerpo, sino que se debe desear algún tipo de muerte en la que el alma sea llevada sana y salva del cuerpo, y conducida a un lugar, si es que hay tal lugar, donde no pueda extinguirse. O, si ni siquiera esto es posible, y el alma se enciende como una luz en el mismo cuerpo, y no puede durar en otro lugar, y toda muerte es una cierta extinción del alma en el cuerpo o de la vida; se debe elegir algún tipo de muerte, en la medida en que al hombre le es permitido, en la que lo que se vive, se viva con seguridad y tranquilidad, aunque no sé cómo eso puede suceder si el alma muere. ¡Oh, cuán bienaventurados son aquellos a quienes, ya sea por ellos mismos o por alguien más, se les ha persuadido de que no deben temer la muerte, incluso si el alma perece! Pero a mí, desdichado, ninguna razón, ningún libro ha podido persuadirme aún.

24. R. No te lamentes, el alma humana es inmortal. A. ¿De dónde pruebas esto? R. De lo que concediste con gran cautela, según creo, anteriormente. A. No recuerdo haber concedido nada menos vigilante a tus preguntas: pero reúne ya la suma misma, te lo ruego; veamos a dónde hemos llegado con tantas vueltas, y ya no quiero que me preguntes. Pues si vas a enumerar brevemente lo que concedí, ¿por qué se requiere nuevamente mi respuesta? ¿O es para que me impongas inútilmente demoras en mis alegrías, si acaso hemos logrado algo bueno? R. Haré lo que veo que desees, pero presta la máxima atención. A. Habla ya, aquí estoy; ¿por qué me torturas? R. Todo lo que está en un sujeto, si siempre permanece, es necesario que el mismo sujeto también permanezca siempre. Y toda disciplina está en el alma como en un sujeto. Por lo tanto, es necesario que el alma siempre permanezca, si la disciplina siempre permanece. Pero la disciplina es verdad, y siempre, como al principio de este libro la razón persuadió, la verdad permanece. Por lo tanto, el alma siempre permanece, y no se dice que el alma esté muerta. Por lo tanto, no absurdamente niega que el alma es inmortal solo aquel que demuestra que algo de lo anterior no fue correctamente concedido.

CAPÍTULO XIV.---Se examina el silogismo anterior.

25. A. Ya quiero entregarme a las alegrías, pero dos causas me retienen un poco. Pues primero me preocupa que hayamos usado un circuito tan largo, siguiendo no sé qué cadena de razonamientos, cuando todo lo que se trataba podría haberse demostrado tan brevemente como ahora se ha demostrado. Por lo tanto, me preocupa que el discurso haya vagado tanto tiempo como para tender una emboscada. Luego, no veo cómo la disciplina está siempre en el alma, especialmente la de la argumentación, cuando tan pocos la conocen, y cualquiera que la conozca, ha sido ignorante durante tanto tiempo desde la infancia. Pues no podemos decir que las almas de los ignorantes no son almas, o que hay en el alma una disciplina que desconocen. Si esto es muy absurdo, queda que o la verdad no está siempre en el alma, o esa disciplina no es verdad.

26. R. Ves cuán no en vano nuestra argumentación ha dado tantos rodeos. Pues buscábamos qué es la verdad, lo cual ni siquiera ahora, en este bosque de cosas, habiendo recorrido casi todos los caminos, veo que hemos podido investigar. Pero, ¿qué hacemos? ¿Abandonamos lo comenzado y esperamos que nos caiga en las manos algún libro ajeno que satisfaga esta cuestión? Pues creo que muchos fueron escritos antes de nuestra época, que no hemos leído: y ahora, para no suponer lo que no sabemos, tenemos claro que se escribe sobre este asunto tanto en verso como en prosa; y por hombres cuyos escritos no pueden pasarnos desapercibidos, y cuyos talentos conocemos de tal manera que no podemos desesperar de

encontrar en sus letras lo que queremos: especialmente cuando está ante nuestros ojos aquel en quien hemos conocido que la elocuencia misma, que lamentábamos muerta, ha revivido perfecta. ¿Nos permitirá él, cuando con sus escritos nos ha enseñado el modo de vivir, ignorar la naturaleza de vivir? A. No lo creo, y espero mucho de ello, pero lamento que no podamos, como quisiéramos, mostrarle nuestro interés ya sea hacia él o hacia la sabiduría. Pues ciertamente él se compadecería de nuestra sed, y se desbordaría mucho más rápido de lo que ahora. Pues está seguro, ya que se ha convencido completamente de la inmortalidad del alma, y no sabe que tal vez hay algunos que han conocido suficientemente la miseria de esta ignorancia, y a quienes especialmente sería cruel no socorrer si lo pidieran. Pero aquel otro, aunque conoce nuestro ardor por la familiaridad, está tan lejos, y estamos ahora tan situados, que apenas hay posibilidad de enviarle una carta. Creo que ya ha completado en el ocio transalpino un poema en el que el miedo a la muerte se disipa con encantamientos, y el antiguo estupor y frío del alma se disipan. Pero mientras tanto, mientras esas cosas que no están en nuestro poder suceden, ¿no es muy vergonzoso que nuestro ocio se pierda, y que todo el mismo alma dependa de un juicio incierto?

CAPÍTULO XV.---La naturaleza de lo verdadero y lo falso.

27. ¿Dónde está aquello por lo que hemos rogado y rogamos a Dios, que no nos dé riquezas, ni placeres del cuerpo, ni tribunas populares y honores, sino que nos abra el camino a nosotros que busquemos nuestra alma y a Él mismo? ¿Nos abandonará o será abandonado por nosotros? R. Es completamente ajeno a Él abandonar a aquellos que desean tales cosas: por lo tanto, también debe ser ajeno a nosotros abandonar a tan gran guía. Por lo tanto, si te parece bien, repasemos brevemente de dónde se concluyó que o la verdad siempre permanece, o la razón de la argumentación es verdad. Pues dijiste que vacilan, lo que impide que la suma de toda la cuestión nos haga seguros. ¿O más bien buscaremos cómo puede estar la disciplina en un alma ignorante, a la que no podemos dejar de llamar alma? De esto te parecías conmovido, de modo que fue necesario dudar nuevamente de lo que habías concedido. A. Más bien discutamos primero eso, luego veremos cómo es esto. Pues así, creo, no quedará ninguna controversia. R. Que así sea, pero presta atención completa y cautelosa. Pues sé lo que te sucede cuando prestas atención, mientras esperas demasiado la conclusión, y esperas que se infiera ya, concedes lo que se pregunta sin examinarlo cuidadosamente. A. Tal vez dices la verdad; pero me esforzaré contra este tipo de enfermedad tanto como pueda: ahora ya comienza a preguntar, para que no nos detengamos en cosas superfluas.

28. R. De eso, según recuerdo, concluimos que la verdad no puede perecer, porque no solo si todo el mundo perece, sino incluso si la misma verdad, será verdad que el mundo y la verdad han perecido. Pero nada es verdadero sin verdad: de ninguna manera, por lo tanto, perece la verdad. A. Reconozco eso, y me sorprendería mucho si son falsos. R. Entonces veamos lo otro. A. Déjame considerar un poco, te lo ruego, para no volver aquí vergonzosamente. R. ¿Entonces no será verdad que la verdad ha perecido? Si no será verdad, entonces no perece. Si será verdad, ¿de dónde será verdad después de la desaparición de la verdad, cuando ya no hay verdad? A. No tengo nada más que pensar y considerar; pasa a lo siguiente. Ciertamente haremos, tanto como podamos, que hombres doctos y prudentes lean esto, y corrijan nuestra temeridad, si la hay: pues no creo que ahora, ni en ningún momento, pueda encontrar algo que se diga contra esto.

29. R. ¿Acaso se dice verdad, sino aquello por lo cual es verdadero todo lo que es verdadero? A. De ninguna manera. R. ¿Acaso se dice correctamente verdadero, sino lo que no es falso? A. Dudar de esto es demencia. R. ¿No es falso lo que está acomodado a la semejanza de algo, y sin embargo no es aquello cuya semejanza aparece? A. No veo nada más que llamaría con

más gusto falso. Pero, sin embargo, se suele decir falso incluso lo que está lejos de la semejanza de lo verdadero. R. ¿Quién lo niega? pero, sin embargo, que tenga alguna imitación de lo verdadero. A. ¿Cómo? Pues cuando se dice que Medea voló con aves unidas a serpientes, no imita en ninguna parte la verdad; ya que no existe, ni puede imitar algo aquello que no existe en absoluto. R. Dices correctamente; pero no te das cuenta de que aquello que no existe en absoluto, ni siquiera puede llamarse falso. Pues si es falso, es: si no es, no es falso. A. ¿No diremos entonces que eso de Medea, no sé qué monstruo, es falso? R. No, ciertamente; pues si es falso, ¿cómo es un monstruo? A. Veo algo extraño: ¿así que cuando escucho, "Serpientes enormes unidas a aves", no digo que es falso? R. Lo dices claramente: pues hay algo que dices que es falso. A. ¿Qué, te pregunto? R. Esa sentencia que se enuncia en el mismo verso. A. ¿Y qué imitación de lo verdadero tiene esa? R. Porque se enunciaría de manera similar, incluso si Medea realmente lo hubiera hecho. Por lo tanto, imita con la misma enunciación las sentencias verdaderas una sentencia falsa. Que si no se cree, solo imita lo verdadero en que se dice así, y es solo falsa, no también engañosa. Pero si obtiene fe, imita también las verdaderas creídas. A. Ya entiendo que hay mucha diferencia entre aquellas cosas que decimos, y aquellas sobre las que decimos algo; por lo que ya estoy de acuerdo: pues solo esto me detenía, que no se dice correctamente que algo es falso a menos que tenga alguna imitación de lo verdadero. Pues, ¿quién no sería justamente ridiculizado al decir que una piedra es falso oro? sin embargo, si alguien dice que una piedra es oro, decimos que dice falsamente, es decir, que profiere una sentencia falsa. Pero el estaño o el plomo no absurdamente, creo, llamamos falso oro, porque la cosa misma lo imita de alguna manera: y no por eso nuestra sentencia es falsa, sino aquello mismo sobre lo que se enuncia.

CAPÍTULO XVI.---Si las cosas mejores pueden ser llamadas con los nombres de las peores.

30. R. Entiendes bien. Pero mira eso, si también podemos llamar al oro con el nombre de falso plomo. A. No me parece bien. R. ¿Por qué? A. No sé; solo veo que se dice muy en contra de mi voluntad. R. ¿Acaso es porque el oro es mejor, y se dice casi en su deshonor; pero el plomo tiene cierto honor si se le llama falso oro? A. Explicaste exactamente lo que quería. Y por eso creo que justamente se consideran infames e intestables aquellos que se muestran con atuendo femenino, a quienes no sé si es mejor llamar falsas mujeres o falsos hombres. Sin embargo, podemos llamar sin duda verdaderos actores, verdaderos infames; o, si están ocultos y nada infame se nombra sino por mala fama, no sin verdad los llamamos verdaderos malvados, creo. R. Habrá otro lugar para discutir estas cosas: pues muchas cosas se hacen que parecen vergonzosas con una apariencia popular, pero se muestran honestas con algún fin loable. Y es una gran cuestión si, para liberar a la patria, vestido con una túnica femenina, debe engañar al enemigo, siendo así una falsa mujer, tal vez un hombre más verdadero: y si el sabio que de alguna manera tiene certeza de que su vida será necesaria para los asuntos humanos, prefiere morir de frío, que vestirse con ropas femeninas, si no hay otra cosa. Pero sobre esto, como se ha dicho, lo veremos en otro momento. Pues ciertamente ves cuánta investigación necesita, hasta dónde deben avanzar estas cosas, para no caer en ciertas turpitudes inexcusables. Ahora, sin embargo, lo que es suficiente para la cuestión presente, ya creo que aparece, y no se puede dudar que no hay nada falso a menos que tenga alguna imitación de lo verdadero.

CAPÍTULO XVII.---Si algo es completamente falso o verdadero.

31. A. Prosigue hacia lo restante; pues estoy bien convencido de esto. R. Entonces pregunto si, además de las disciplinas en las que somos instruidos, y a las que también debe contarse el estudio de la sabiduría, podemos encontrar algo tan verdadero que no sea como el Aquiles

teatral, que puede ser falso en una parte y verdadero en otra. A. Me parece que se encuentran muchas cosas. Pues las disciplinas no tienen esta piedra, y sin embargo, para que sea una piedra verdadera, no imita algo por lo cual pueda llamarse falsa. Al mencionar solo esto, ya ves que hay que dejar de lado innumerables cosas que espontáneamente se presentan a quienes piensan. R. Lo veo claramente. Pero, ¿no te parece que están incluidas bajo un solo nombre de cuerpo? A. Lo parecerían, si tuviera certeza de que no hay nada vacío, o si pensara que el alma debe contarse entre los cuerpos, o incluso si creyera que Dios es algún cuerpo. Si todas estas cosas son, veo que no son falsas ni verdaderas por imitación de nada. R. Nos envías a lo largo, pero usaré el resumen tanto como pueda. Ciertamente, lo que llamas vacío es diferente de lo que es verdad. A. Muy diferente. Pues, ¿qué más vacío que yo, si pienso que la verdad es algo vacío, o si deseo algo vacío con tanto empeño? ¿Qué más deseo que encontrar la verdad? R. Entonces, quizás también concedas que nada es verdadero si no es hecho verdadero por la verdad. A. Esto ya es evidente desde hace tiempo. R. ¿Dudas acaso que nada es vacío excepto lo que es vacío, o ciertamente un cuerpo? A. No tengo ninguna duda. R. Entonces, supongo que crees que la verdad es algún cuerpo. A. De ninguna manera. R. ¿Qué hay en el cuerpo? A. No sé; no importa: pues creo que incluso tú sabes, si es vacío, que es más bien donde no hay cuerpo. R. Esto es ciertamente claro. A. ¿Por qué, entonces, nos detenemos? R. ¿Te parece que la verdad ha hecho el vacío, o que algo puede ser verdadero donde no está la verdad? A. No me parece. R. Entonces, no es verdadero lo que es vacío, porque no puede hacerse vacío por lo que no es vacío: y es evidente que lo que carece de verdad no es verdadero; y en absoluto, lo que se llama vacío se dice por el hecho de que no es nada. ¿Cómo, entonces, puede ser verdadero lo que no es? ¿O cómo puede ser lo que es absolutamente nada? A. Vamos, dejemos el vacío como vacío.

CAPÍTULO XVIII.---Si verdaderamente es cuerpo.

32. R. ¿Qué dices de las demás cosas? A. ¿Qué? R. Lo que ves que me apoya mucho. Pues queda el alma y Dios, que si son verdaderos porque en ellos está la verdad, nadie duda de la inmortalidad de Dios. El alma, sin embargo, se cree inmortal si se prueba que la verdad, que no puede perecer, también está en ella. Por lo tanto, veamos ahora lo último, si el cuerpo no es verdaderamente verdadero, es decir, si la verdad no está en él, sino como una especie de imagen de la verdad. Pues si encontramos en el cuerpo, que es bastante seguro que sufre destrucción, una verdad tal como la que está en las disciplinas, no será inmediatamente la disciplina de la disputa la verdad por la cual todas las disciplinas son verdaderas. Pues el cuerpo es verdadero y no parece estar formado por la razón de la disputa. Pero si el cuerpo es verdadero por alguna imitación, y por esto no es completamente verdadero, tal vez no habrá nada que impida que la razón de la disputa se enseñe como la misma verdad. A. Mientras tanto, investiguemos sobre el cuerpo; pues ni siquiera cuando esto se haya establecido, veo que esta controversia esté terminada. R. ¿Cómo sabes lo que quiere Dios? Así que presta atención: pues creo que el cuerpo está contenido por alguna forma y especie, que si no la tuviera, no sería cuerpo; si la tuviera verdadera, sería alma. ¿O se debe pensar de otra manera? A. Estoy de acuerdo en parte, en lo demás dudo; pues concedo que si no se mantiene por alguna figura, no es cuerpo. Sin embargo, no entiendo suficientemente cómo, si tuviera una verdadera, sería alma. R. ¿No recuerdas nada del inicio del primer libro, y de tu geometría? A. Bien lo has recordado; lo recuerdo completamente, y con mucho gusto. R. ¿Se encuentran tales figuras en los cuerpos como las que demuestra esa disciplina? A. Es increíble cuán inferiores se demuestran ser. R. ¿Cuáles de estas crees que son verdaderas? A. Por favor, no pienses que también debo ser interrogado sobre esto. Pues, ¿quién es tan ciego de mente que no vea que aquellas que se enseñan en la geometría habitan en la misma verdad, o que en ellas también está la verdad; pero las figuras del cuerpo, si parecen tender hacia

aquellas, tienen no sé qué imitación de la verdad, y por eso son falsas? Pues ya entiendo todo lo que intentabas mostrar.

CAPÍTULO XIX.---La verdad inmortal argumenta la inmortalidad del alma.

33. R. ¿Qué necesidad hay entonces de que investiguemos sobre la disciplina de la disputa? Pues ya sea que las figuras geométricas estén en la verdad, o que la verdad esté en ellas, nadie duda de que nuestra alma, es decir, nuestra inteligencia, está contenida, y por lo tanto, también se ve obligada a estar en nuestra alma la verdad. Y si cualquier disciplina está en el alma, como en un sujeto inseparablemente, y la verdad no puede perecer; ¿por qué, te pregunto, dudamos de la vida perpetua del alma, con no sé qué familiaridad con la muerte? ¿O acaso esa línea o cuadratura o redondez tienen otras que imiten para ser verdaderas? A. De ninguna manera puedo creer eso, a menos que tal vez una línea sea otra cosa que longitud sin latitud, y un círculo otra cosa que una línea trazada alrededor que converge equitativamente al centro. R. ¿Por qué, entonces, dudamos? ¿O acaso donde están estas cosas, no está la verdad? A. Dios libre de locura. R. ¿O acaso la disciplina no está en el alma? A. ¿Quién diría eso? R. Pero tal vez puede, al perecer el sujeto, permanecer lo que está en el sujeto? A. ¿Cuándo se me persuade de esto? R. Queda que la verdad muera. A. ¿Cómo puede ser? R. Por lo tanto, el alma es inmortal: ya cree en tus razones, cree en la verdad; clama que habita en ti, y que es inmortal, y que no puede ser retirada de su sede por cualquier muerte del cuerpo. Vuélvete de tu sombra, regresa a ti mismo; no hay destrucción para ti, a menos que olvides que no puedes perecer. A. Escucho, recapacito, empiezo a recordar. Pero, por favor, aclara lo que queda, cómo se entiende que la disciplina y la verdad están en un alma inexperta, pues no podemos llamarla mortal. R. Esta cuestión requiere otro volumen, si deseas tratarla con diligencia: al mismo tiempo veo que lo que hemos investigado, hasta donde hemos podido, debe ser revisado por ti; porque si nada de lo que se ha concedido es dudoso, creo que hemos avanzado mucho, y no con poca seguridad podemos buscar lo demás.

CAPÍTULO XX.---Algunas cosas creemos verdaderas, otras recordamos; algunas no se captan ni por el sentido ni por la fantasía, sino solo por la razón.

34. A. Así es como dices, y obedezco tus instrucciones con gusto. Pero al menos permíteme, antes de que pongas fin al volumen, que expliques brevemente qué diferencia hay entre la verdadera figura, que está contenida en la inteligencia, y aquella que la imaginación se forma, que en griego se llama fantasía o fantasma. R. Preguntas algo que no puede ver sino el más puro, y para cuya visión estás poco ejercitado; y ahora, a través de estos rodeos, no hacemos otra cosa que ejercitarte para que seas capaz de ver aquello: sin embargo, tal vez pueda mostrar brevemente cómo puede enseñarse que hay una gran diferencia. Imagina que has olvidado algo, y otros quieren recordártelo. Entonces ellos dicen: ¿Acaso es esto, o aquello? presentando diversas cosas como si fueran similares. Tú, sin embargo, no ves aquello que deseas recordar, y sin embargo ves que no es esto lo que se dice. ¿Acaso cuando esto te sucede, te parece de alguna manera olvido? Pues esa discreción, por la cual no se admite lo que se te recuerda falsamente, es una parte de la memoria. A. Así parece. R. Tales personas aún no ven la verdad; sin embargo, no pueden ser engañadas ni decepcionadas; y saben bien lo que buscan. Pero si alguien te dice que reíste pocos días después de nacer, no te atreves a decir que es falso: y si es un autor digno de fe, no recordarás, sino que creerás; pues todo ese tiempo está sepultado para ti por un olvido muy fuerte: ¿o piensas de otra manera? A. Estoy completamente de acuerdo. R. Esto, por lo tanto, difiere mucho de aquel olvido, pero es intermedio. Pues hay otro más cercano y próximo a la memoria y a la verdad revisitada: es similar a cuando vemos algo, y lo reconocemos con certeza que lo hemos visto alguna vez, y

afirmamos conocerlo; pero nos esforzamos por recordar dónde, o cuándo, o cómo, o con quién lo conocimos. Si nos sucede con una persona, también preguntamos dónde la conocimos: cuando él lo recuerda, de repente toda la cosa se ilumina en la memoria como si se infundiera luz, y ya no se esfuerza más para recordar. ¿No te es desconocido o oscuro este tipo de experiencia? A. ¿Qué puede ser más claro? ¿O qué me suele suceder con más frecuencia?

35. R. Así son aquellos bien instruidos en las disciplinas liberales; pues sin duda desentierran en sí mismos lo que está sepultado por el olvido al aprender, y de alguna manera lo desentierran: sin embargo, no están satisfechos, ni se detienen hasta que contemplan completamente la faz de la verdad, de la cual ya un cierto resplandor en esas artes comienza a brillar, lo más ampliamente y plenamente posible. Pero de estas cosas, algunos falsos colores y formas, como en un espejo de la imaginación, se proyectan, y a menudo engañan a los que buscan, y los engañan pensando que eso es todo lo que conocen o lo que buscan. Estas son aquellas imaginaciones que deben evitarse con gran precaución; que se descubren engañosas cuando el espejo de la imaginación se varía, mientras que la faz de la verdad permanece una e inmutable. Pues entonces la imaginación se pinta a sí misma un cuadrado de una magnitud u otra, y lo presenta como si estuviera ante los ojos; pero la mente interior que quiere ver la verdad, se vuelve más bien hacia aquello, si puede, según lo cual juzga que todas esas cosas son cuadradas. A. ¿Qué, si alguien nos dice que juzga según lo que suele ver con los ojos? R. ¿Por qué, entonces, juzga, si está bien instruida, que una esfera verdadera es tocada por un punto de verdadera planicie? ¿Qué cosa semejante ha visto alguna vez el ojo, o puede ver, cuando incluso la imaginación de la mente no puede formar algo así? ¿No probamos esto cuando incluso describimos mentalmente un círculo mínimo, y trazamos líneas desde él hacia el centro? Pues cuando hemos trazado dos, entre las cuales apenas podría pincharse con una aguja, ya no podemos trazar otras en medio con la misma imaginación para que lleguen al centro sin ninguna mezcla; mientras que la razón clama que se pueden trazar innumerables, y que no pueden tocarse en esas increíbles estrecheces sino en el centro, de modo que en todo su intervalo también se puede escribir un círculo. Esto, cuando la fantasía no puede cumplirlo, y falla más que los mismos ojos, ya que es infligida al alma a través de ellos, es evidente que difiere mucho de la verdad, y que aquella, mientras se ve, no se ve.

36. Estas cosas se dirán con más esfuerzo y sutileza cuando comencemos a discutir sobre el entendimiento, que es la parte que nos hemos propuesto, una vez que hayamos aclarado y discutido, hasta donde podamos, cualquier inquietud sobre la vida del alma. Pues no creo que temas poco que la muerte humana, aunque no destruya el alma, sin embargo, traiga el olvido de todas las cosas, e incluso de la verdad, si alguna se ha descubierto. A. No se puede expresar suficientemente cuánto debe temerse este mal. Pues, ¿cómo será esa vida eterna, o qué muerte no se le debe preferir, si el alma vive así como la vemos vivir en un niño recién nacido? para no hablar de esa vida que se lleva en el útero; pues no creo que sea ninguna. R. Ten buen ánimo; Dios estará presente, como ya sentimos, para nosotros que busquemos, quien promete algo muy bienaventurado después de este cuerpo, y lleno de verdad sin ninguna mentira. A. Que sea como esperamos.